

Concordia Seminary - Saint Louis

Scholarly Resources from Concordia Seminary

Cursos teológicos-otros

Recursos en español

10-1-2025

(nuevo) Curso de homilética-español

Vilson Scholz

Follow this and additional works at: https://scholar.csl.edu/cursos_teologicos-otros



Part of the [Practical Theology Commons](#)



PREDICAR EL EVANGELIO: ¿qué es y cómo se hace?

Un breve curso de homilética

Prof. Dr. Vilson Scholz



PREDICAR EL EVANGELIO:

¿qué es y cómo se hace?
Un breve curso de homilética

+ *En el precioso nombre de Cristo* +

Prof. Dr. Vilson Scholz
Seminario Concordia, Porto Alegre, Brasil
Traducido y editado por Marcos Kempff
Revisado por Ely Prieto
Digitalizado para Scholar, septiembre del 2025

+ *A Dios sea toda la gloria* +

La versión de la **Santa Biblia**: Reina-Valera 1960 © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960.
Derechos renovados © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988.

Prefacio

Tengo vívidos recuerdos de los días que precedieron al inicio de la disciplina de la Homilética, allá por el año 1974, como estudiante recién llegado al Seminario Concordia, en Porto Alegre, Brasil. Eso no me pareció una asignatura más en el plan de estudios. La pregunta cruzó mi mente: ¿Cómo nos va a enseñar este maestro a predicar? ¿Cuál es el secreto de la predicación? ¿Podrá mi clase aprender el arte homilético?

¿Seremos capaces de hacer esto en un semestre? El hecho es que al final de ese semestre todos los estudiantes de esa clase habían predicado su primer sermón. Y el primer sermón nunca lo olvidamos. El texto que me dio el Dr. Otto A. Goerl fue 1 Pedro 2:9.

A lo largo de la Licenciatura en Teología y luego en la Maestría, tuve el privilegio de aprender de otros cuatro profesores. El segundo de ellos insistió hasta el cansancio en que predicáramos dentro del estricto molde clásico, con tema y partes, y las partes debían ser desmembradas o brotar naturalmente del tema. Nos dijo que tal vez nunca volviéramos a predicar así, pero en su disciplina tendría que ser así. No estoy convencido de que, como grupo, hayamos alcanzado este objetivo. El tercer maestro “abrió la ventana” y nos animó a ser creativos. El cuarto maestro destacó la importante polaridad de la ley y el evangelio. Y finalmente, el quinto maestro se centró en el contexto litúrgico, mostrando cómo la predicación se inserta en el culto y se relaciona con las lecturas (las perícopas) de cada domingo.

Más tarde, la homilética se convirtió en una compañera constante a lo largo del ministerio pastoral, en la tarea práctica de preparar sermones y preparar mensajes que se imprimirían. Y, de vez en cuando, la señora Homilética llamaba a la puerta e invitaba a que le prestaran atención, en forma de algún artículo, un nuevo libro, una colección de sermones inspiradores. Pero nada se compara con el desafío de “ponerse las sandalias” del difunto Dr. Goerl y enseñar Homilética I a seminaristas y futuros pastores. Ahora la pregunta es: ¿Podré enseñar a estos jóvenes a predicar? ¿Hay alguna manera de hacer esto?

Cuando a uno se le encomienda hacer esto por deber de oficio, como maestro de la disciplina de la Homilética, la respuesta tendrá que ser: De alguna manera tendremos que llegar a la elaboración y predicación del primer sermón. Y, en lo que sigue, hago constancia de lo que, en términos generales, se transmitió y discutió en Homilética, en los años 2021 y 2022.

A lo largo de este proceso, uno aprende, como maestro, que más importante que enseñar cómo preparar la predicación, es necesario capacitar al predicador. Porque la predicación siempre tiene un carácter de testimonio personal. Si no tengo nada que testificar, no podré predicar como se espera. Esta formación del predicador se realiza en el curso de teología en su conjunto y se extiende a lo largo de toda la vida, en la escuela de la experiencia. El Gran Maestro es y siempre será el Espíritu Santo.

Sin embargo, esto no impide el esfuerzo que se debe hacer para aclarar la tarea homilética. ¿Quién soy yo como predicador? ¿Qué debo predicar? ¿Cómo predicas de manera más efectiva? Como en otras actividades del trabajo teológico (la interpretación de textos bíblicos, por ejemplo), seguir un método no es garantía de que el resultado sea satisfactorio. Sin embargo, es

mejor desarrollar y seguir una metodología que simplemente seguir impulsos o intuiciones. En este sentido, desde el comienzo de la Iglesia cristiana, los teólogos se han dedicado a la tarea de mostrar cómo se enseña y predica el mensaje cristiano. Algunos de los Padres de la Iglesia más conocidos tenían una formación secular en el campo de la retórica y, más tarde, como líderes de la Iglesia, pusieron este conocimiento al servicio del anuncio de la palabra de Dios. El mejor ejemplo de esto es quizás Agustín. La obra *Sobre la doctrina cristiana*, que es un manual de hermenéutica bíblica y homilética, tiene valiosas lecciones aún en nuestros días. No sería un clásico si no se hubiera conservado y estudiado durante 1.600 años.

Este curso corto de Homilética gira en torno a las siguientes preguntas:

¿Quién soy yo como predicador?

¿Qué predicaré?

¿Cómo organizaré lo que tengo que decir?

¿Cómo lo haré?

¿Qué me preparé para decir?

¿Qué tener en cuenta al predicar ciertos textos bíblicos?

Pero comencemos lentamente, con una introducción.

I

Introducción

Homilética en el curso de teología

La homilética es una disciplina del curso de Teología, especialmente importante cuando está dirigida a una calificación para el ministerio pastoral. Así, aunque cada profesor de Teología puede decir que su disciplina es fundamental, indispensable, la Homilética es diferenciada. No es simplemente otra disciplina; Se trata de acceder a un mundo que el candidato al ministerio y futuro pastor no pensará en dejar pronto (a menos que abandone el ministerio). Por muy importante que sea un tema como la Historia de la Reforma, no se convertirá en parte de la vida diaria o la actividad semanal del pastor (a menos que se convierta en profesor de Historia de la Iglesia). La homilética, sin embargo, acompaña al pastor durante toda su vida.

De hecho, la homilética es el escaparate de la teología. Lo que tenemos en el almacén de la Teología aparece en la ventana de la Homilética. Ya sea que todavía recuerde o no los detalles de la exégesis del genitivo griego (¡sería bueno no olvidarlo nunca!), esto no hará ninguna diferencia en el ambiente de culto de la Iglesia. Ahora bien, si no puedo elaborar una predicación bíblica, coherente y equilibrada en términos de ley y evangelio, esto pronto será visible.

Se puede decir que diferentes disciplinas del curso de Teología conducen a la Homilética. El estudio de los lenguajes bíblicos está destinado a permitir un examen más meticuloso de los textos bíblicos, que tarde o temprano serán llevados al púlpito. Principios de interpretación bíblica es una disciplina que impacta directamente en la predicación. La respuesta correcta en la prueba de Dogmática será parte del hilo teológico de la predicación. En la Historia de la Reforma aparece el importante redescubrimiento del evangelio. Un eventual estudio de la Lógica y la Retórica contribuye a la elaboración de un discurso bien estructurado. Cada asignatura del curso de Teología tiene su importancia y todas ellas aparecerán tarde o temprano en la ventana de la Homilética.

El carácter práctico de la homilética

El término “homilética” (que no debe confundirse con un “omético” imaginario, es decir, la técnica de hacer tortillas) tiene que ver con el verbo griego *homiléin* (Hechos 20:11, por ejemplo), que designa hablar, conversar. Los antiguos llamaron a la homilética, *ὁμιλικὴ τέχνη* (“la técnica homilética”). Por lo tanto, predicar es esencialmente hablar. Y la disciplina es tanto arte o don como ciencia. La predicación es sobre todo un don. Pero la palabra “ciencia” indica que el arte de predicar es algo que se puede desarrollar. Así, incluso aquellos que no se consideran particularmente dotados pueden, con la ayuda de la técnica homilética y bajo la bendición de Dios, convertirse en un instrumento útil en el anuncio del Evangelio.

La homilética es una disciplina eminentemente práctica. Más que una disciplina en la que se transmiten contenidos, que luego serán objeto de pruebas, la disciplina es un laboratorio. Y no existe una fórmula única que pueda ser asimilada por todos los involucrados en el aprendizaje. El profesor puede mostrarle cómo lo hace, pero cada alumno tendrá que meter la mano en el tubo de ensayo y encontrar su camino. Al ser una disciplina práctica, ¡no debería haber un solo semestre

de Homilética sin que los estudiantes vayan al púlpito a predicar!

No hay dos predicadores absolutamente idénticos. Cada uno es cada uno. La predicación es algo tan personal como el cepillo de dientes. En este sentido, la observación de que “más que enseñar a preparar la predicación, es necesario preparar al predicador” es muy cierta. La predicación nunca puede dejar de tener el carácter de un testimonio.

La homilética difícilmente se puede cortar. Incluso si se decide poner la presentación de la predicación por parte de los estudiantes al final del segundo semestre, solo será en este momento de “ocupar el púlpito” que la disciplina llega a su fin. Y cada nuevo curso sobre el tema de la homilética tendrá que tratar este tema en su totalidad. La homilética siempre termina en el púlpito.

El propósito específico de la homilética

Si necesitamos formular un objetivo muy específico de la Homilética, podemos decir que propone llevar al estudiante a “elaborar un discurso que tenga en cuenta el contexto litúrgico, que surja del texto bíblico, se centre en el evangelio, sea coherente con la sana doctrina, presente unidad temática, revele un estilo de lenguaje hablado, tenga un sabor contemporáneo y represente un discurso que sale del corazón y va al corazón”.

La predicación es un discurso. Es el acto de predicar. “El sermón es el predicador predicando, una acción, no una cosa. (...) El sermón es una creación personal e íntima, que pertenece esencialmente al momento mismo de la predicación” (John Knox, *The Integrity of Preaching*, p. 68). Así, una predicación nace dos veces: en el momento de la preparación y en el púlpito. Lo que realmente importa es lo que sucede en el púlpito. Nadie sabrá cómo y en qué tiempo el predicador gestó la predicación. Sin embargo, los que están en el templo verán y escucharán lo que sucede y se dice desde el púlpito.

La predicación debe tener en cuenta el contexto de culto, porque el hábitat natural del predicador es el santuario. También predica fuera del templo, pero la predicación regular e intransferible está programada para el momento de la adoración. Así, la predicación no es un episodio aislado, sino un elemento más en un conjunto de acciones que forman parte del culto. En la liturgia luterana, la predicación es el punto número 15 en un conjunto de 28 puntos. La liturgia en su conjunto es predicación. Había predicación antes del momento del discurso del predicador, a través de himnos y la proclamación de lecturas bíblicas. La buena predicación tiene en cuenta o se alimenta de este contexto litúrgico, especialmente las lecturas bíblicas del día.

Además de surgir del texto bíblico, la predicación debe centrarse en el evangelio y ser coherente con la sana doctrina. El predicador es sobre todo un predicador del evangelio. No predicamos textos bíblicos; Predicamos el evangelio. La predicación también debe ser consistente con la sana doctrina. Además de reflejar una buena teología, la predicación enseña doctrina, en la medida en que incluye un “hilo teológico” (algo que se abordará más adelante).

Además de este aspecto del contenido (qué decir), la predicación también tiene un aspecto formal (cómo decirlo). Hay quienes entienden que enseñar Homilética es básicamente enseñar

este “cómo decirlo”. Sin embargo, “qué decir” es igualmente importante. Los manuales de homilética del período de la Reforma luterana enfatizaron solo este “qué decir”. Esto es comprensible, en la medida en que había una preocupación especial por el enfoque evangélico.

En este aspecto formal, la buena predicación se caracteriza por la unidad temática. Así como no hay libro sin título, el sermón sin tema es extremadamente anómalo. Pero, al tener un tema, debe tener un solo tema. Y, en la medida en que la predicación es un acto, una acción, lo que menos importa es lo que se escribió o se puso en papel. Por lo tanto, la buena predicación revela un estilo de lenguaje hablado (y no un “estilo literario”). Otra característica importante es el sabor contemporáneo. La predicación no debe tener el sabor de “pan recalentado” (ver el texto de August Pieper sobre esto en el Apéndice). El lenguaje debe ser el lenguaje hablado de nuestro tiempo, no formulaciones o expresiones fosilizadas que reflejen el estilo de una traducción hecha hace cien o trescientos años. Finalmente, la buena predicación es un discurso que viene del corazón y va al corazón. La predicación tiene el carácter de testimonio. Hay una gran diferencia entre exteriorizar lo que se ha internalizado (“predicar de oído”) y reproducir lo que se ha registrado en un manuscrito. (Más sobre esto más adelante).

II

¿Quién soy yo, el predicador?

La predicación es el final de un proceso, algo similar (para hacer uso de un símil) a servir un soufflé de papas. Sería perfectamente posible comenzar este estudio con el final del proceso: cómo colocar este soufflé en la mesa y cómo se debe servir a los invitados. Pero en general, el estudio de la predicación comienza al menos en una etapa anterior: la preparación del soufflé. ¿Qué receta vamos a usar? ¿Cómo vamos a pelar las patatas? ¿Cuántas patatas se necesitarán? (Aprovechando la metáfora, hay que decir en este punto que no será necesario -ni posible- llevar a la mesa todas las patatas que se han comprado. Deberá dejar algunas papas para el almuerzo del día siguiente. De manera directa, esto significa que la predicación debe ser “adaptada”, completa en términos del texto que se predica, pero sin abordar necesariamente todo el contenido bíblico o todos los puntos doctrinales.

Volviendo a la metáfora, tampoco es recomendable llevar las cáscaras a la mesa. Esto significa que los elementos que intervinieron en la composición del discurso, todo el estudio previo, esa interesante palabra griega, debe dejarse en la cocina de la oficina). Es posible (y a veces necesario) comenzar en una etapa aún más remota, es decir, enseñando cómo pelar papas y qué cuchillo es el más adecuado para hacerlo. En términos concretos, puede ser necesario enseñar a estudiar y absorber (“meditar”) el texto asignado para la predicación. Por lo general, sin embargo, esto se trata de manera bastante amplia en la disciplina de los Principios de Interpretación Bíblica. Pero hubo quienes se remontaron más atrás. En su clásico libro *Homilética*, de principios del siglo XX, J. Michael Reu comienza con una defensa de la integridad del texto bíblico, refutando lo que, en ese momento, se llamaba “alta crítica”. (El demandado era miembro y profesor del extinto Sínodo Luterano de Iowa, que se integró en otro sínodo en los Estados Unidos, que, a su vez, se insertó en el actual *Iglesia Evangélica Luterana en América* – ELCA. Está claro que la lucha de Reu fue en gran medida una “causa perdida”). En términos de la metáfora del soufflé de papa, este paso inicial de Reu equivaldría a defender la cosecha de papa del ataque de los ladrones. ¡No es de extrañar que el trabajo de Reu tenga una longitud de no menos de 640 páginas!

¿Quién me autoriza a predicar?

En una situación marcada por la prisa y la escasez de tiempo, la disciplina de Homilética suele comenzar con la “receta” sobre cómo preparar la comida. Uno entra directamente en la discusión de “qué predicar” y “cómo predicar”. Sin embargo, algunos prolegómenos son necesarios. Si tan o más importante que preparar la predicación es preparar al predicador, es necesario que tenga clara su identidad. ¿Quién soy? ¿Por qué voy a ocupar este púlpito? ¿Quién me autoriza a predicar? ¿Por quién hablo?

Richard Caemmerer escribió, en el año 1959, el trabajo más reciente (y quizás el último) sobre homilética clásica o tradicional. (Poco después de Caemmerer surgiría lo que llegó a llamarse la “Nueva Homilética”, marcada por la pluralidad de enfoques). Caemmerer, quien fue profesor de homilética en el Seminario Concordia en St. Louis, tituló su obra *Predicando en nombre de la Iglesia*. (Se informa que Caemmerer escribió dos manuales de homilética: “Predicando a la

Iglesia” y “Predicando en nombre de la Iglesia”. Solo se publicó el segundo). El título de este libro da respuesta a las preguntas planteadas anteriormente. El predicador predica *para la* Iglesia. Proclama lo que la Iglesia tiene que proclamar y quiere proclamar.

Hay una gran verdad en esto. La predicación no es del pastor; es de la Iglesia. La Iglesia necesita ser capaz de decir “amén” a lo que se proclama.

Sin embargo, decir que se predica en nombre de la Iglesia todavía no es la respuesta más completa a la pregunta: ¿Quién me autoriza a predicar? (Caemmerer no estaba tratando de negar de ninguna manera lo que se expondrá en este párrafo). El predicador no ocupa el púlpito solo porque la Iglesia “lo contrató para hacer este servicio”. El predicador ocupa el púlpito porque Dios ha instituido el oficio de predicar (Confesión de Augsburgo, Artículo V).

Cristo colocó el púlpito en la Iglesia (y en el mundo). Lo que hace la Iglesia (¡tiene el privilegio de hacerlo!) es elegir al hombre que ocupará ese púlpito. Así, el que predica, predica en el nombre de Cristo. Y si necesitamos responder a la pregunta de quién nos autoriza a predicar, podemos decir: soy llamado por Cristo, que llama a través de su Iglesia. (Este fue un tema candente en el período de la Reforma. Los entusiastas dijeron: El Espíritu Santo me ha enviado. Los romanos decían que los seguidores de Lutero habían abolido el ministerio pastoral. En respuesta, los evangélicos redactaron el Artículo XIV de la Confesión de Augsburgo, con énfasis en el “llamado regular”: *rito vocatus*. Esta es la regla y la respuesta a los detractores: mantenemos el oficio pastoral. Esto no significa que un estudiante de Teología, que está siendo formado y entrenado para ser predicador, no pueda, durante el curso y bajo la debida supervisión, ocupar el púlpito.

No se deben aceptar posiciones de clericalismo extremo). Quién soy. O, más bien, quién no soy.

No soy un profeta, en el sentido de alguien que ha recibido una revelación directa de Dios. No puedo decir: “Jesús me habló hoy al amanecer”. Tampoco quiero ser un falso profeta, al estilo de la descripción que aparece en Jeremías 23, presentando mis ideas y mis sueños como la palabra de Dios. Tampoco soy un apóstol, en el sentido de los apóstoles del Nuevo Testamento. Yo no estaba en la escena reportada en Juan 20. Tampoco quiero ser un falso apóstol (2 Corintios 11:13).

No soy un “parlanchín”, que es como se traduce el término griego *espermólogos* en Hechos 17:18. Esto no es un parlanchín en el sentido de alguien que habla mucho, sino en el sentido de alguien que hace una colcha de retazos, recogiendo ideas de otros. (Literalmente, un *El espermólogo* es un “recolector de semillas”, similar a un pájaro. El término se usó en sentido peyorativo, en referencia a Pablo, en Atenas). Incluso más serio que hacer una combinación de las ideas de otras personas (yo llamo a este tipo de mensaje el “sermón de Frankenstein”) o ser un plagiario, apropiarse indebidamente de lo que otros han producido e insinuar que es mío. Esto no significa que el predicador no pueda valerse de lo que otros han hecho. Nada impide leer, escuchar o ver una buena predicación. Incluso se recomienda que esto se haga. Lutero publicó libros de predicación a pastores con poca educación formal. Sin embargo, todo lo que se lee e investiga debe, para ser llevado al púlpito, pasar por el filtro de la personalidad del predicador.

Soy mayordomo de los misterios de Dios

El término griego es *oikonómos*, y esta metáfora, aplicada al predicador, está tomada del ambiente del hogar. El texto de 1 Corintios 4:1-2, toca este tema. El *oikonómos* era, como dice una edición anterior del Almeida, el “mayordomo”, la persona a cargo de la despensa. Pero *oikonómos* también podía designar al administrador de la casa. No el propietario, sino el administrador. Hoy en día, la Nueva Versión Americana del King James dice “*a cargo* de los misterios de Dios”. El texto de Lucas 12:42 es sugestivo, en la medida en que presenta al *oikonómos* como el que da a los demás sirvientes de la casa “comida a su debido tiempo”. ¡Un término muy apropiado para el predicador! Él no produjo el “alimento”, pero le corresponde a él distribuirlo en la medida adecuada.

Si añadimos dos textos más, diremos que el encargado de los misterios de Dios saca del depósito “cosas nuevas y cosas viejas” (Mateo 13:52). Sí, cosas viejas también.

Un experto en homilética dijo que el 90% de lo que decimos debe ser algo que los oyentes reconozcan (como algo antiguo y conocido). Necesitan poder decir amén. El otro texto es Hechos 20:27, donde el apóstol Pablo asegura a los pastores de Éfeso (presentándose a sí mismo como un pastor modelo) que anunció “todo el plan de Dios”. No todo a la vez. Pablo permaneció tres años en Éfeso (Hechos 20:31).

Soy un heraldo

El término griego es *kēruξ*, utilizado en 1 Timoteo 2:7 y 2 Timoteo 1:11. (También se puede hacer referencia a pasajes de 1 Corintios 1:21, 23 y 2 Corintios 4:5). Esta es una metáfora del ámbito político, en el sentido amplio de la palabra (relacionado con la *polis*). En los tiempos bíblicos, el heraldo era un mensajero oficial, que transmitía los mensajes de reyes, jueces, jefes militares, o llamaba a la gente a reuniones u otras actividades. En nuestro tiempo, el equivalente es un portavoz del gobierno. El predicador es el portavoz de Dios. El mensaje no es suyo; es solo el vehículo o medio.

En los textos donde aparece este término griego, en las cartas a Timoteo, las traducciones tienden a decir “predicador”. Es un buen equivalente de traducción, porque Pablo era solo eso: un predicador. Sin embargo, si recordamos los matices del término griego, adquiere un significado muy especial.

Soy un embajador

En dos textos (2 Corintios 5:20 y Efesios 6:20), Pablo dice que “somos embajadores”. Esta metáfora también proviene de la esfera política, y es algo que podemos visualizar más fácilmente. Las embajadas o misiones representativas se conocen desde tiempos inmemoriales y siguen formando parte de la vida en nuestros días. (El término “embajada”, en un sentido secular, aparece en Lucas 14:32 y Lucas 19:14). El embajador toma el mensaje que recibió para entregarlo y solo puede hacer lo que estaba autorizado a hacer.

Soy testigo

El término griego es *mártys*, y la esfera a la que pertenece es la jurídica. (El sustantivo aparece en Hechos, pero Pablo nunca usa el término “testigo” en el sentido de alguien que predica el evangelio. A veces, invoca a Dios como testigo en su nombre. Véase, por ejemplo, Romanos 1:9 y 2 Corintios 1:23). La palabra *mártires* aparece en Hechos 22:15, en un texto en el que Pablo relata su llamado a ser apóstol: “Deben ser testigos (*mártires*) de él (o, por él, es decir, de Cristo) delante de todos, proclamando las cosas que han visto y oído”. Para nosotros, dar testimonio o ser testigo es hablar de la fe cristiana a alguien. En el Nuevo Testamento, en general (y en este texto de Hechos 22 en particular), alguien es testigo de lo que vio y oyó. El predicador de hoy también es un testigo en el sentido del Nuevo Testamento, solo que de una manera derivada (y no directa). No hemos visto ni oído lo que los apóstoles de Cristo vieron y oyeron. No tenemos “experiencias personales” que informar. Escuchamos lo que los apóstoles nos dicen y, por derivación, damos el mismo testimonio. (Ver también Hechos 20:24, “...el ministerio que recibí del Señor Jesús para testificar (*diamartyrasthai*) del evangelio de la gracia de Dios”).

Soy padre

Esta metáfora del “padre” también está tomada de la esfera doméstica. El apóstol Pablo dice, en 1 Corintios 4:15, “Yo os he engendrado en Cristo Jesús por medio del evangelio”. (En Gálatas 4:19, Pablo se presenta como una madre, diciendo: “Hijos míos, por los cuales estoy de nuevo de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros”). Es cierto que en el contexto protestante no es muy común hacer uso de esta metáfora del padre (conocemos a los “sacerdotes”, pero ni siquiera nos damos cuenta de que “sacerdote” es, estrictamente hablando, “padre”). Predicar el evangelio es sembrar la semilla de la cual son generados los hijos e hijas de Dios. Ser pastor es ser un padre que cuida de sus hijos espirituales. En este sentido, ser predicador y ser pastor son dos caras de la misma moneda. Tendemos a mirar al predicador (y aquellos que enseñan homilética están tentados a aislar este aspecto del ministerio), pero las iglesias valoran a su pastor en la medida en que está al lado de los fieles en sus momentos de tristeza y alegría. Un buen trabajo pastoral bien puede compensar una “actuación” menos impactante en el púlpito.

Hay una historia de un pastor que fue “contratado” por una iglesia en el Reino Unido por un período fijo. Al final del contrato, el pastor pensó que sus días de ministerio ciertamente estaban contados allí. Después de todo, su predicación era razonable. Pero, para su sorpresa, la iglesia renovó el contrato. Al final de este nuevo período, la misma angustia del pastor. Se sentía inadecuado como predicador. Pero, para su renovada sorpresa, la iglesia decidió una nueva extensión del contrato. Fue entonces cuando se dirigió a los líderes con la siguiente pregunta: “Explíqueme algo: mi predicación es pobre, tengo muchas dificultades en esta área, pero ya han renovado mi contrato dos veces. ¿Qué está pasando aquí?” A lo que el representante de esos líderes respondió: “Para empezar, nuestra mayor preocupación era nunca tener un predicador...”.

Soy un siervo

El término griego es *diákonos*, que solemos traducir como “ministro”. (Dado que en la esfera gubernamental un ministro es alguien que está solo por debajo del presidente, nuestra tendencia es pensar en “ministro” como una “figura importante”. Rara vez se nos ocurre que “ministro”

significa “sirviente”). Se pueden citar varios textos bíblicos: 2 Corintios 3:6, 4:4, 11:23; Efesios 3:7; Colosenses 1:23, 25 y 1 Timoteo 4:6. En el contexto del Nuevo Testamento, una de las imágenes que me venía a la mente cuando *se usaba la palabra diákonos* era la de un intermediario en una transacción, y también podía ser el intermediario de una deidad. Cuando Pablo dice que es *un diákonos* de Cristo, no está diciendo nada muy diferente de lo que dijo cuando usó el término “apóstol” (que significa “procurador”, “delegado”, “representante autorizado”). Pero en la Segunda Carta a los Corintios, Pablo enfatiza su condición de *diákonos*. (No está defendiendo en sí mismo su apostolado, al menos no de la misma manera que lo hace en la Carta a los Gálatas).

Pablo insiste a los corintios en que no pueden prescindir de un *diákonos*, y que es fundamental quedarse con el *diákonos correcto* (que es fundamentalmente el que lleva en su cuerpo la muerte de Cristo, es decir, que realiza su obra bajo la señal de la cruz). Y esta es una verdad muy importante: en la Iglesia cristiana nunca se puede renunciar al predicador. (Aquellos que son seguidores de religiones orientales o practican la meditación pueden permanecer en silencio, contemplando su propio ombligo. En la Iglesia cristiana, tenemos a los que hablan y a los que escuchan. No podemos estar sin un predicador. Y la predicación, en el púlpito o fuera de él, durará hasta el día de la venida de Cristo).

Con respecto al término “siervo”, vale la pena reflexionar sobre la relación entre el predicador (o pastor) y la Iglesia. El pastor es un siervo. Esto significa que no es el amo; es un sirviente. En este sentido, es inapropiado que un pastor se refiera a los miembros de la Iglesia como “mis miembros”. Pero, ¿de quién es el sirviente? ¿Siervo de la Iglesia? Sí. En Colosenses 1:24-25, Pablo declara que se convirtió en “siervo de la iglesia”. (En este sentido, es más apropiado que los miembros digan “nuestro pastor” que el pastor diga “mis miembros”). Sin embargo, el pastor no es un “servidor de la Iglesia” en el sentido de un simple empleado. Después de todo, él es también (y sobre todo) un siervo de Cristo. Esto significa, para decirlo más rápida y brevemente, que el pastor no está *por debajo* de la Iglesia (como un simple empleado, aunque haya un “contrato” de trabajo) ni *por encima* de la Iglesia (como el que domina y decide todo); el pastor es un servidor de Cristo (y del evangelio) *dentro de* la Iglesia. En Hechos 20:28, Pablo se dirige a los pastores, diciendo: “Mirad por vosotros mismos y por todo el rebaño *en que* el Espíritu Santo os ha puesto como obispos, para apacentar la iglesia de Dios, la cual él compró con su propia sangre”.

Al final...

Todavía hay otros títulos que podrían examinarse, términos como “pastor” y “sembrador”. Sin embargo, todos encajan en el mismo molde dibujado por los títulos anteriores. El predicador (y pastor) no existe para sí mismo. Él existe y actúa para los demás. Sin un rebaño, nadie es pastor. Sin alguien que escuche, nadie es predicador.

III

¿Qué predicaré?

No todos los manuales de Homilética o profesores de la disciplina prestan especial atención al tema o contenido de la predicación, entendiéndolo que corresponde principalmente a la Homilética enseñar el “cómo” de la predicación. Este aspecto retórico ya se subraya en Agustín, en la obra *Sobre la doctrina cristiana*. En la Edad Media, este aspecto formal recibió especial protagonismo, ya que se desarrolló la conocida estructura de un tema, con tres partes. (El número tres era incluso simbólico en contornos, que recordaba a la Trinidad).

En el momento de la Reforma, se puede percibir un énfasis muy diferente. Los primeros manuales de homilética tratan solo del contenido de la predicación. Era necesario enseñar a los predicadores lo que tenían que proclamar desde el púlpito, como predicadores del evangelio. Era importante predicar la teología de la Reforma.

No hay “uno u otro” porque ambos son importantes. Si “el medio es el mensaje” (o, al menos, es parte del mensaje), la forma es importante. Sin embargo, no tiene sentido querer decirlo todo dentro de los “conformes” de la retórica, sin tener algo relevante que decir. Y si alguien tiene algo relevante que decir, pero no puede decirlo de manera ordenada y clara, la comunicación no se establece. El contenido y la forma van de la mano.

Si, en respuesta a la pregunta, “¿qué voy a predicar?”, nos centramos en el contenido de la predicación, sería posible decir, rápidamente, que nos corresponde a nosotros predicar el evangelio, el bien noticias de Jesucristo, de un texto de la Biblia. Pero es posible aumentar esto de dos elementos (texto, evangelio) a cuatro hilos que entran en la composición de la textura del sermón: texto, teología, ley y evangelio, interpretación del oyente. Estos cuatro hilos son presentados y descritos por David Schmitt, en “*The Weaving of Preaching*”. (Schmitt es profesor de homilética en el Seminario Concordia en St. Louis, Estados Unidos. El artículo ha sido traducido y está en *Iglesia Luterana* 80 (2019), pp. 73-119). Cuatro hilos: esta es una forma creativa de mostrar lo que debe ser parte de la predicación. A la luz de lo que se ha encontrado sobre la predicación en el período de la Reforma, es importante e indispensable prestar atención y énfasis al aspecto “material” (el contenido) de la predicación.

Antes de hacer una presentación de los pelos, cabe señalar que, según el profesor Schmitt, la identificación de los cuatro cabellos es un recurso analítico. Esto significa que, cuando se elabora o anuncia la predicación, el instrumento de los cuatro hilos ayuda al predicador a verificar que los ingredientes esenciales de un sermón están presentes. Puede que no estemos acostumbrados a hacer este tipo de análisis, pero es importante ser autocrítico y estar abierto a la crítica. Aquellos que escuchan la predicación (la Iglesia) tienen el derecho (incluso el deber) de estar atentos a lo que se proclama desde el púlpito. Lutero, comentando las palabras de Jesús, “mis ovejas oyen mi voz”, afirma que si lo que oyen no es la voz del Buen Pastor, las ovejas tienen derecho a quejarse. Sin embargo, un instrumento de análisis puede convertirse en un recurso heurístico, es decir, una guía en la tarea de elaborar la predicación. (Algo similar se hace con la retórica clásica o grecorromana en el estudio de las epístolas del Nuevo Testamento. Pero en la dirección opuesta: los viejos manuales enseñan a elaborar el discurso, que es el aspecto heurístico.

Utilizamos estos consejos para analizar textos, que es el aspecto analítico).

No será necesario (ni posible) reproducir el artículo completo del profesor Schmitt, que está publicado y disponible para su lectura. En lo que sigue, haré una combinación de elementos tomados de ese artículo y comentarios personales.

El hilo de la exposición textual

El primer hilo de la predicación es la exposición textual, lo que significa que la predicación se basa en un texto bíblico. Después de todo, ¿cómo podemos predicar la palabra de Dios sin que este discurso sea anclado en la Palabra de Dios? Cuatro textos bíblicos forman parte de la liturgia, antes del momento de la predicación. ¿Cómo podría alguien dejar pasar la oportunidad de predicar uno de esos pasajes de las Escrituras? Hoy, con la abundante “tabla de la Palabra” proporcionada por la Serie Trienal, predicar sin un texto específico (o incluso más de uno) es prácticamente un insulto. Sin embargo, no tiene sentido tener (o leer) un texto y embarcarse en las “tres partes falsas”, según esa ingeniosa historia contada por alguien en referencia a su pastor: “La predicación de nuestro pastor siempre tiene tres partes. Sí, tres partes. La primera parte: lee el texto bíblico. Luego viene la segunda parte. En esta segunda parte, deja el texto. Finalmente, la tercera parte: ¡nunca vuelve al texto!”

Por supuesto, existe la posibilidad de predicar un sermón bíblico sin tener un texto bíblico específico. (Así como es posible decir algo que no es bíblico o evangélico, incluso si uno tiene un texto tomado de la Biblia). Sin embargo, me impresionó profundamente un comentario hecho por mi primer profesor de Homilética, el Dr. Otto A. Goerl. Le di al maestro (como tarea de clase) un resumen de un capítulo del libro de John A. Broadus, *The Preparation and Delivery of Sermons*. El capítulo se titula “La base del sermón: el texto”. Al final de la primera página, mi resumen dice: “En cuanto a si usar texto o no, el predicador decide. Uno puede tener un texto y predicar un sermón no cristiano; uno puede tener un sermón cristiano sin texto”. Debajo de esto, al final de la página, el Dr. Goerl anotó, con tinta roja y subrayando una palabra: “Es recomendable usar siempre un texto”.

En el caso de un texto más largo (una perícopa), es prácticamente imposible clavar todo el texto. Siempre es importante recordar que la exposición textual es solo un hilo entre cuatro. La predicación puede (necesita) ser expositiva, pero no siempre será posible exponer el texto en su totalidad. De lo contrario, si hay un texto breve, la predicación será breve; Si hay un texto de 20 versículos, la predicación será interminable. Si el texto es más largo, el predicador puede (debe) mirar el texto con “lentes homiléticos”, decidiendo qué parte puede o quiere resaltar. Una vez hecha la elección, la exégesis y la meditación del texto tendrán que concentrarse en el pasaje seleccionado. Esta delimitación del hilo textual representa un gran desafío para los exégetas o pastores a los que les gusta hacer una exégesis detallada, porque siempre están inclinados a explicar todos los detalles del texto. Esto no será posible en la predicación.

Un detalle importante, pero no siempre recordado, es que, cuando predicamos, proyectamos un modelo de cómo se interpreta la Biblia. En otras palabras, enseñamos Hermenéutica o Principios de Interpretación Bíblica. Si resistimos la tentación de optar por la interpretación alegórica, indirectamente enseñamos que este procedimiento no representa una lectura adecuada de la

Biblia. Si en cierto momento llamamos la atención sobre el contexto histórico del texto, enseñamos (aunque este no es nuestro objetivo principal) que es importante tener en cuenta los contextos de cada texto bíblico.

Predicar textos bíblicos es proclamar la revelación de Dios en la historia. Gradualmente, a través de la predicación, se están formando oyentes en el área del conocimiento bíblico y en la articulación de la teología bíblica. Por lo tanto, la predicación forma testigos de la obra de Dios.

El hilo textual de la predicación nos recuerda que la Biblia debe ocupar un lugar destacado en el púlpito. Nada mejor que predicar de la Biblia misma, tal vez con una copia de la Biblia en la mano. No hay forma de ser categóricos, pero es muy posible que los oyentes, porque no nos ven con la Biblia en la mano, tampoco se sientan animados a abrir su copia de la Biblia, a seguir la predicación. Más que cualquier otro papel (el mapa de la predicación), ¡lo que debería ser más evidente en el púlpito es la Biblia misma! (¿Hay alguna diferencia entre predicar de la Biblia como un libro impreso y predicar de un texto digitalizado, en una tableta o teléfono celular? Este es un tema que produce una buena discusión. En comunidades más tradicionales, donde los miembros están en su mayoría cerca de la llamada “mejor edad”, ¿es poco probable que una tablilla sea reconocida como una copia de la Biblia!).

El hilo de la confesión teológica

El hilo de la confesión teológica es el elemento doctrinal que entra en la predicación. Si el texto trata de la “gracia”, es importante aclarar de qué se trata. Si el foco está en la persona de Cristo, será necesario insertar elementos de la confesión cristológica. Si el texto destaca la “justificación por la fe”, esta será la oportunidad de explicar que se trata de una metáfora forense o judicial.

La teología forma el marco de la predicación. Ayuda a colocar lo que se dice en la obra de predicar dentro del contexto de todo el plan de Dios. También crea un marco para la vida cristiana y forma el testimonio cristiano, en la medida en que enseña a hablar teológicamente. En otras palabras, si bien este no es el propósito final de la predicación, proporciona un modelo para la investigación teológica. El predicador, en la medida en que hace una formulación doctrinal, enseña a sus oyentes cómo expresamos nuestra fe, cómo respondemos a las preguntas inquietantes de nuestro tiempo, etc.

Sin embargo, por importante que sea el componente teológico, no tiene que ser un resumen de la dogmática en toda predicación. En muchos sermones, lo que se percibe es una explicación del texto, al principio, seguida de una argumentación teológica densa (y hasta cierto punto oscura). Los oyentes tienen muchas dificultades para seguir este discurso. Es aún mejor hacer lo que se debe hacer con los otros (tres) hilos: diluir este componente y presentarlo a lo largo de la predicación, siempre que sea posible (y necesario).

No hace falta decir que este es un “campo minado” para los pastores más inclinados a la Teología Sistemática. La tentación es hacer de la predicación una exposición doctrinal.

Sí, la doctrina es parte de la predicación, pero es solo una de las cuatro vertientes. Es mejor pensar en el hilo teológico como el marco sólido dentro del cual se lleva a cabo la predicación.

La situación menos ideal es la que aparece en el siguiente episodio de la vida real, en el que un resumen doctrinal aparece como un cuerpo extraño dentro de la predicación. Sucedió en tiempos pasados cuando los pastores del mismo distrito o de una pequeña región se reunían para estudios teológicos y discusiones sobre temas prácticos del ministerio. Era costumbre incluir en estas reuniones un “ejemplo de predicación”, para el análisis de todos los pastores allí reunidos. Así, uno de los pastores trajo un sermón y lo presentó a sus colegas. En una ocasión, después de la predicación del pastor X, un colega comentó: “Querido colega X, me perdí la justificación por la fe”.

Con esto quería decir que la predicación se apoyaba en el lado de la ley y carecía de una proclamación más clara del evangelio de salvación. Lo que resultó de este discurso fue algo que no fue intencionado. Se dice que, a partir de ese momento, el pastor X, cualquiera que sea el tema de la predicación, en un momento dado insertó el siguiente párrafo: “Y, hermanos míos, todavía existe la importante doctrina de la justificación por la fe. La justificación es un acto forense, en el que Dios, como juez, nos absuelve, etc., etc.”

El hilo del anuncio evangélico

Este hilo es, en un lenguaje más tradicional, la presencia de la polaridad ley-evangelio en la predicación. La ley es la santa voluntad de Dios para los seres humanos. El evangelio es el anuncio de lo que Dios ha hecho, hace y seguirá haciendo para dar a las personas, a través de la fe, la integridad de Cristo, lograda en la cruz y la resurrección. Saber qué es la ley y saber qué es el evangelio es fácil. Decimos que incluso un niño reconoce la diferencia. Es realmente difícil aplicar la ley y el evangelio en el cuidado pastoral y en la práctica de la predicación. Es realmente difícil predicar la ley en todo su rigor, apuñalando al oyente y llevándole la muerte. Es más fácil afligir a los oyentes, dejándolos inquietos y tal vez incluso estimulados a esforzarse desde ese momento para alcanzar el estándar de la exigencia divina.

En cuanto al evangelio, hay una diferencia entre explicar el evangelio y aplicarlo. Hay una diferencia entre decir “Dios es amor” y decir “Yo te absuelvo”. Predicar el evangelio es proclamar el perdón de los pecados con miras a la creación y mantenimiento de la fe. Mucho más que hablar de los atributos de Dios, es necesario proclamar la acción de Dios. El hilo evangélico hace de la muerte y resurrección de Cristo el centro de las enseñanzas y experiencias de la predicación.

Predicar sin Cristo es como un jardín sin una flor, dijo Charles Spurgeon.

Un desafío especial (que también es una ayuda considerable) para el predicador es el hecho de que la Biblia presenta una rica variedad de formulaciones del evangelio. El anuncio de la ley es en gran medida estereotipado o repetitivo; la proclamación del evangelio aparece en varias formas en las Escrituras. (Para más detalles y con fines comparativos, se sugiere examinar uno de los apéndices de la obra de Richard Caemmerer, *Predicar en nombre de la Iglesia*.)

Otra trampa peligrosa es pensar que la ley y el evangelio deben determinar la estructura de la predicación. Es más o menos obvio que, a la luz de la teología luterana, la secuencia correcta es la ley y el evangelio (no el evangelio y la ley). Pero esta secuencia no es decisiva para la forma de predicar, como si cada predicación tuviera que tener siempre una primera parte de ley y una

segunda parte de evangelio. O, entonces, una secuencia de ley (en el segundo uso, es decir, como una ley que mata), evangelio y ley (en el tercer uso, como norma u orientación de vida). No hace falta decir que la predicación recurrente en este sentido se volvería completamente predecible. Idealmente, la ley y el evangelio deberían aparecer en varios momentos a lo largo de la predicación.

El acto de predicar la ley de Dios no debe caracterizarse automáticamente como legalismo. Después de todo, la ley es santa (Romanos 7). Es la ley de Dios. La predicación se vuelve “legalista” cuando (además de simplemente “hacerle cosquillas” al oyente en lugar de “matar”) el predicador anuncia la ley y abandona al oyente. Reconociendo que no ha podido alcanzar la meta, decide que “de ahora en adelante seré más disciplinado y, entonces, sí, cumpliré con lo que Dios requiere de mí”. La predicación es evangélica cuando sigue el patrón de la predicación de Pedro en Pentecostés: “Tú crucificaste a Jesús. Dios lo resucitó y lo hizo Señor y Cristo. Arrepíentete y recibe la remisión de tus pecados. Esta promesa es para ti”.

El carácter evangélico de la predicación no es necesariamente una cuestión de evangelio en cantidad, sino del evangelio en términos de calidad (énfasis e impacto). Un examen más detallado de la predicación de Lutero muestra esto. Un momento memorable del evangelio (en la línea de un “Te absuelvo”) después de un diagnóstico penetrante de la ley es mejor que un sermón meloso de principio a fin.

¡Es apropiado atreverse a terminar la predicación en un tono evangélico! Muchos predicadores no pueden terminar de predicar sin la clásica “tarea”: “Frente a esto, hermanos y hermanas, depende de nosotros...”. Usando la metáfora de la cámara, se puede decir que cada vez que la cámara se dirige a los oyentes, la predicación será la ley; para escuchar el evangelio, la cámara debe estar girada hacia arriba, o bien en la cruz de Cristo. Cuando el tema de la predicación es “la maravillosa iglesia que somos”, el evangelio casi nunca se escucha.

El hilo conductor de la interpretación del oyente

Este cuarto hilo es una sorpresa, porque no se espera que el oyente sea parte de la predicación. Después de todo, se predica *al* oyente. Sin embargo, al predicar, diseñamos un modelo del oyente. Destaco algunos puntos del ensayo de David Schmitt: El hilo de la interpretación del oyente describe e interpreta la experiencia de vida de los oyentes de hoy. Decimos no al juego de “vamos a fingir”; después de todo, no somos los fariseos de la época de Jesús y ninguno de los oyentes es la mujer pecadora que vino a Jesús. Queremos que nuestros oyentes se vean a sí mismos como Dios los ve. El hilo de la interpretación del oyente revela cómo las personas son relevantes para Dios (y no cómo Dios es relevante para las personas).

Este hilo identifica al pueblo santo de Dios (en la vida normal). Forma el pueblo de Dios, confesando la variedad y complejidad de la vida cristiana. Da a los oyentes una visión del cuerpo de Cristo, superando el individualismo (dentro de la iglesia, “yo y Jesús”; fuera de la iglesia, “yo contra el mundo”).

En la elaboración de la predicación, esta es probablemente la parte más desafiante. ¿Quién será mi “oyente modelo”? No puedo idealizarla (la “familia cristiana perfecta”), pero tampoco puedo

ignorar que “están bautizados”. La predicación refleja nuestra condición de “justos y pecadores” (*simul iustus et peccator*).

El arte de predicar

Tener en cuenta los cuatro hilos de la predicación requiere que el predicador determine qué parte de la perícopa proporcionará el texto de la predicación, qué enseñanza específica (doctrinal) se conecta con el énfasis del texto (el tema), cuál será la dinámica ley-evangelio, qué aspectos específicos de la vida del pueblo de Dios se interpretarán. Definir de manera intencional y concreta lo que se quiere hacer evita caer en una predicación genérica (el texto cambia, pero la predicación es siempre la misma) o en una especificidad monótona.

Considerar los cuatro hilos evita tendencias aislacionistas como “exposición”, “predicar la ley y el evangelio”, “recrear el texto”. La predicación es un entretrejo de los cuatro hilos. El movimiento de la predicación está determinado por el texto o, mejor aún, por el tema de la predicación. Nunca se debe pensar que el hilo textual, el hilo teológico, la dinámica ley-evangelio y la interpretación del oyente constituyen la estructura de la predicación, y siempre deben aparecer en esta secuencia. El estereotipo negativo de este modelo sería el siguiente: una pequeña historia interesante de nuestros días para el comienzo de la predicación, una referencia rápida al texto bíblico, la cita de una doctrina y el anuncio de Juan 3:16. ¡Todo esto en cuatro compartimentos separados, sin ninguna conexión!

La predicación no es esto. La predicación debe tener en cuenta aspectos formales, como la unidad, la coherencia, etc. Los cuatro hilos se relacionan con el contenido de la predicación; no determinan la forma.

Los hilos son cuatro, pero eso no significa que toda la predicación se divida por cuatro. En determinados momentos, con determinados textos y con un público concreto, suele predominar uno u otro hilo. Si hubiera una situación en la que fuera posible tener solo una de las cuatro líneas, se debería dar preferencia al hilo textual. Es preferible que sea textual (y bíblico) para ser contextual (y moderno). C. S. Lewis escribió: “Nuestra tarea es presentar lo que es atemporal (lo mismo ayer, hoy y en el futuro) en el lenguaje específico de nuestro tiempo. El mal predicador hace exactamente lo contrario: toma las ideas de su tiempo y las embellece con el lenguaje tradicional del cristianismo”. Esta declaración tiene mucho que ver con la llamada “teología moderna”. A primera vista, se propone decir verdades eternas en lenguaje moderno. Sin embargo, un examen más detallado revela que esta observación es errónea. Las ideas de nuestro tiempo -ideologías, lo que resiste el escrutinio de la razón, etc. - terminan presentándose con ropajes teológicos.

La importancia de tener cuatro mechones en lugar de solo tres se puede ilustrar con la diferencia entre un lazo de tres mechones (o una trenza con tres mechones de cabello) y un lazo de cuatro hilos (o una trenza con cuatro mechones): uno es aplanado, el otro es muy redondo.

IV

Un ensayo relacionado con el contenido de la predicación

Una observación que se hace, tanto con los predicadores principiantes como con los predicadores endurecidos, es que el estudio y la meditación del texto bíblico no siempre está a la altura de lo que requiere una buena predicación. En muchos momentos, lo que vemos es una referencia más o menos protocolaria, un típico “raspado en el texto”, y no tanto un estudio más profundo. La pregunta que debe hacerse es: ¿Cómo podemos decir que predicamos la palabra de Dios si poco de la Palabra de Dios (la Biblia) aparece en nuestra predicación? Esto no quiere decir que solo sea “la palabra de Dios” si se toma textualmente de la Biblia. Sin embargo, en muchos momentos, se da la impresión de que el discurso del predicador siempre tiene preferencia sobre los detalles del texto bíblico. ¡Necesito abreviar el texto bíblico porque tengo muchas cosas importantes que decir! En vista de esto, es importante repetir el estímulo para comenzar la preparación de un sermón con el estudio adecuado del texto. Incluso hay un hallazgo, hecho por un erudito alemán que ha estudiado detenidamente un vasto corpus de predicación, de que la predicación legalista es el resultado de una falsificación del significado del texto bíblico. Otro erudito (James S. Stewart) declaró que “cada texto bíblico es el comienzo de un camino que conduce a Cristo”. Es decir, cualquiera que sea el texto, la predicación del evangelio es posible e indispensable.

Afortunadamente, en nuestros días, ya no es necesario “salir semanalmente” para que un texto predique. Esta fue en gran medida la realidad cuando nosotros, los jóvenes pastores de mi generación, comenzamos a predicar. La antigua Serie Histórica de perícopas no era satisfactoria en términos de textos de predicación. Leíamos las perícopas tradicionales en la iglesia, pero generalmente predicábamos sobre otro texto, no relacionado con las lecturas del día. (La impresión que uno tenía es que la lectura de la epístola y la lectura del Evangelio -no había lectura del Antiguo Testamento- no “hablaban entre sí”). Hoy, con la Serie Trienal, la selección de textos es excelente, al menos dos lecturas (de las cuatro asignadas para cada día o domingo) tienen algún punto de contacto, y los formuladores de la serie han tenido en cuenta el potencial kerigmático de cada lectura. Es decir, se da a entender que cada una de estas lecturas es adecuada para la proclamación del evangelio.

Examen rápido de los textos

Se recomienda una lectura rápida de las perícopas del día. Hay quienes recomiendan un resumen de cada uno de ellos en una frase. Esto no siempre es fácil y puede ser tan unilateral o parcial como poner el título de una sección en una traducción de la Biblia. Más fácil (y quizás más recomendable) es leer los textos teniendo en cuenta los posibles énfasis del tiempo litúrgico. En la Serie Trienal, hay una mayor posibilidad de un resultado positivo (en términos de puntos de contacto) cuando la lectura del Evangelio y la lectura del Antiguo Testamento se colocan una al lado de la otra. Si ya existe un texto preferido (algo así como la opción de predicar las epístolas en ese año), se recomienda estar atento a algún elemento que llame la atención y que, visto con lentes homiléticos, parezca algo que valga la pena llevar al púlpito. Es posible realizar una exégesis detallada de todo el texto. Sin embargo, un escenario más realista (las diferentes exigencias del oficio pastoral) sugiere que se debe tomar un enfoque homilético desde el

principio. Esto significa que el predicador decide desde el principio qué parte del texto se presentará en la predicación y luego concentra sus esfuerzos exegéticos en eso.

Nada reemplaza la meditación sobre el texto, en un espíritu de reverencia y oración. Aunque hay un enfoque homilético (predicar a otros), el predicador debe leer primero el texto como dirigido a él personalmente.

Tres movimientos

La exégesis de un texto bíblico se puede dividir en tres etapas, según las metáforas de “rostro del texto”, “pies del texto” y “pulso del texto”. El rostro es lo que se ve en el texto delimitado; los pies se ocupan de la ubicación del texto (lo que hay a su alrededor); El pulso es el examen de los signos vitales (cómo me duele el texto, cómo me da vida, etc., es el texto que me lee).

La cara del texto

En el contexto de la Iglesia Luterana, se puede percibir la loable tendencia a tomar toda una perícopa como texto de predicación. En otras palabras, es más raro ver a un predicador resaltar un versículo específico. Dado que en una reciente revisión de la Serie Trienal hubo un esfuerzo por agregar más texto a las perícopas seleccionadas (sí, ciertas perícopas terminaron “creciendo” un poco, lo cual es bueno), nada impide tomar solo una parte de la perícopa como texto de predicación. Pero siempre es preferible tomar un párrafo que tomar un verso aislado. (Dado que los números de capítulos y versículos se agregaron al texto bíblico mucho más tarde, es bueno seguir el consejo de un maestro de exégesis, quien afirmó que lo primero que hace es decirles a sus alumnos: ¡Tachen los números!)

Entonces, una de las primeras cosas que debemos hacer es verificar que la cara del texto esté bien enmarcada en la fotografía que nos regalaron. Es decir, vale la pena preguntarse si tenemos un buen corte. Nada impide que el predicador amplíe la perícopa, si lo considera necesario.

Esto se aplica especialmente en el paso de un domingo al siguiente. Dado que en ciertas épocas del año, especialmente después de Pentecostés, los pasajes del Evangelio y las Epístolas aparecen en lectura semicontinua, nada impide que se haga referencia en la predicación a lo que la Serie Trienal omitió. Un ejemplo es la Carta a los Romanos, que se proporciona para no menos de 17 domingos consecutivos en el año A (desde el Propio 3 hasta el Propio 19). Sin embargo, la carta no se lee en su totalidad. En el pasaje de Propio 3 (Romanos 1:8-17) para Propio 4 (Romanos 3:21-28), se omitió un pasaje de Romanos 1:18 a 3:20.

El contraste que aparece al comienzo de Propio 4 (“Pero ahora, sin ley, la justicia de Dios ha sido revelada”) requiere que uno tome en cuenta este pasaje que la Serie Trienal omitió.

En la exégesis bíblica, un paso importante es la determinación del género literario, especialmente la distinción entre prosa y poesía. Esto es particularmente importante en el caso del Antiguo Testamento (donde se encuentra la mayor parte de la poesía bíblica). Pero no basta con afirmar que un texto es poesía; Esta observación debe ser respetada. Rara vez escuchas a un predicador decir: “Este es un texto poético”. (Debe agregarse que un texto poético no es menos verdadero

que un texto en prosa; es solo una verdad expresada en forma de poesía).

Común en algunos círculos (pero, afortunadamente, bastante raro en los círculos luteranos) es la práctica de “predicar palabras” o conceptos bíblicos. Sin embargo, la Biblia no nos ha sido dada en forma de palabras aisladas; está hecho de textos. Así, en la lectura y la exégesis comenzamos con las partes (las palabras), pero no perdemos de vista el todo (el texto completo). ¡Hay una diferencia significativa entre estudiar las palabras de un texto y estudiar un texto! Dado que un equipo de fútbol tiene más de 11 jugadores en el campo, un texto es más que la suma de palabras.

En el mundo real, son raros los predicadores que pueden leer un texto del Antiguo Testamento en el hebreo original o un texto del Nuevo Testamento en el griego original. (De estos idiomas, el primero que se desvanece es el hebreo...) Sin embargo, nadie debería dejar escapar algo que se ha logrado con tanto esfuerzo. ¡Una perícopa de griego o hebreo a la semana no debería ser una carga! Pero en el mundo real, es mucho más probable que trabajemos con traducciones. Las traducciones son como fotos en blanco y negro. (Se afirma que las fotos en blanco y negro son más nítidas que las fotos en color, tanto que las fotos artísticas son siempre fotos en blanco y negro. Esto se puede trasladar a las traducciones bíblicas: tienden a agudizar los textos que, en el original, son más borrosos. Sí, los textos bíblicos tienden a ser más inequívocos cuando se traducen. Por esta razón, es decir, para ver el rostro como realmente es, vale la pena el esfuerzo de enfrentar el texto en el original).

Incluso si alguien es un “defensor jurado” de tal o cual traducción, una postura más equilibrada es ser “ortodoxo, pero abierto al diálogo”. Se recomienda leer el texto en varias traducciones. Como mínimo, vale la pena examinar una traducción diferente, para salirse de los caminos trillados. En general, se utiliza una traducción más dinámica (NTV o NVI) para comprender un texto más complicado en una traducción formal (versión King James). Sin embargo, es igual de importante, si no más importante, tomar el camino opuesto: entender la traducción dinámica a la luz del original (o, en su defecto, de la traducción tradicional). Un ejemplo es la promesa de Jesús en Juan 8:51: “Si alguno guarda mi palabra, no verá la muerte para siempre”. Dado que “guardar la palabra de Jesús” podría sugerir algo como “ocultar la palabra” o “proteger la palabra”, la NTV traduce esto como “quien obedece mis enseñanzas nunca morirá”. “Obedecer”, un verbo que a los traductores de la NTV les gusta usar, es una forma de protección. Y “enseñanzas” es más o menos el equivalente de “palabra”. Pero “guardar” es más que obedecer, y “enseñanzas” sugiere fácilmente “mandamientos”. Entonces, en una lectura rápida, alguien dirá que Jesús está hablando de guardar sus mandamientos. Y el predicador eventualmente tendrá que estar en desacuerdo con Jesús, ¡porque guardar los mandamientos no conduce a la vida! Por lo tanto, “obedecer mis enseñanzas” debe entenderse a la luz de “guardar la palabra”. Y “guardar la palabra” (ver también Juan 8:31) es, ante todo, “creer en las promesas de Jesús”.

Los pies del texto

Después de examinar la foto o pintura, pasamos a las fotos o pinturas que están al lado de la cara retratada (la perícopa). Aquí viene el contexto literario (especialmente lo que aparece antes), el fondo de la foto (historia y cultura), lo que la fotografía no pudo capturar (todo lo que está implícito en el contexto comunicacional). Finalmente, es importante tener en cuenta el álbum de

fotos en su conjunto (el contexto bíblico más amplio).

Sin embargo, nada de esto puede reemplazar el estudio (y la proclamación) del pasaje que es el texto de la predicación. La predicación no es una clase de Isagoge (Introducción a la Biblia) o una conferencia sobre la teología de la Carta a los Romanos. Hay momentos en que uno nota que el predicador está “rodeando el muñón”, es decir, caminando alrededor del texto, sin llegar nunca directamente a él. Si tenemos un texto, quedémonos con el texto. Pero, nunca está de más repetirlo, el texto bíblico entra en la predicación, pero no todo es predicación.

Qué más mirar mientras se medita en el texto: hilo teológico y tema

Como la predicación tendrá un hilo teológico (o doctrinal), al leer y releer el texto es bueno verificar qué tema doctrinal aparece. Si la perícopa es uno de los milagros de Jesús, será indispensable tener claro el papel de los milagros en el ministerio de Jesús. Si el texto bíblico se centra en el Reino de Dios, puede ser necesario enfatizar que el Reino tiene mucho más que ver con el Rey (la cabeza de la Iglesia) que con el pueblo de ese Reino. Señalar la diferencia (y, al mismo tiempo, las conexiones) entre el Reino y la Iglesia puede ser un tema doctrinal fundamental a incluir. (Del Reino, por ejemplo, nunca se dice que se construya. Cristo no puede ser edificado...) Si el texto es Romanos 8:28-39, y el predicador decide comenzar con el versículo 29 (“a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó para que fueran conformes a la imagen de su Hijo”), una relectura del Artículo XI de la Fórmula de la Concordia es prácticamente indispensable.

Como la meditación sobre el texto tiene lugar con vistas a la predicación, el intérprete nunca debe quitarse las “gafas homiléticas”. Esto significa que, desde una edad temprana, debe comenzar a pensar en un tema (o tema) de la predicación. Nada mejor que descubrir algo interesante o nunca visto en el texto. Sorprendido por el descubrimiento, el predicador solo puede decir: “Esto es algo que necesito compartir con mis oyentes”. Por otro lado, si nosotros mismos no estamos entusiasmados con el texto del sermón, ¿cómo podemos esperar que los oyentes estén emocionados?

En esta reflexión con vistas a un tema, nada mejor que respetar la especificidad del texto. La frescura de la predicación resulta en gran parte de la atención prestada a lo que es específico en un texto. Así, nos corresponde a toda costa evitar la tentación de comprar una “batidora homilética”, en la que, independientemente del orden en que se inserten los artículos (leche, plátano y papaya o plátano, papaya y leche), lo que resulta es siempre el mismo caldo. Si lo más destacado del texto es la “papaya”, vale la pena preservar este énfasis. Dado que la creatividad es un buen objetivo a alcanzar, nunca está de más recordar que la creatividad es esencialmente poner cosas viejas en una nueva combinación.

La persuasión implica definir el objetivo

Predicar es mucho más que hablar. Por lo tanto, en lugar de decir “necesito hablar”, lo correcto sería decir “necesito persuadir”. La predicación necesita tener movimiento. La pregunta que hay que hacerse es: ¿A dónde quiero llevar a mis oyentes? En este sentido, no hay nada mejor que estudiar el libro de Richard Caemmerer (*Predicando en nombre de la Iglesia*). En resumen, se

puede decir que básicamente hay dos objetivos que se pueden tener en mente: el objetivo de la fe y el objetivo de la vida. La meta de la fe corresponde al siguiente pensamiento: “Quiero que mis oyentes se despierten (y/o fortalezcan) en la fe en Cristo, que es la fe en el Dios verdadero”. Una meta de vida tiene que ver con aspectos de la vida cristiana. Ya sea que uno u otro sea el objetivo, la predicación nunca puede dejar de ser la predicación del evangelio. (Esto debe decirse, porque de lo contrario se podría pensar que si el objetivo es la vida, tengo derecho a limitarme a la ley en su tercer uso, la ley como norma). ¿Qué objetivo debo elegir? Esto dependerá en gran medida del tema de la predicación, que a su vez deriva de tal o cual énfasis del texto bíblico.

Richard Caemmerer nos enseñó a hablar de “*objetivo*”, “*enfermedad*” y “*medios*”. La enfermedad es lo que impide que el oyente logre el objetivo. (Aquí es necesario diagnosticar no solo los síntomas superficiales, sino ir a la raíz del problema. Un diagnóstico genérico es inadecuado. ¡Hay una diferencia entre decir “no siempre, oh Dios, hacemos tu voluntad” y decir “yo pobre y miserable pecador”!) El medio es el mensaje específico del evangelio, que puede sacar al oyente de problemas y acercarlo a la meta.

Vale la pena llamar la atención sobre el hecho de que esta planificación de la persuasión en términos de “*objetivo*” – “*enfermedad*” – “*medios*” (que tampoco debe determinar nunca la estructura de la predicación) se centra en el oyente de la predicación. Al preparar la predicación, me predico a mí mismo. Cuando hablo desde el púlpito, predico a la iglesia. Y, como nos enseña la teoría de la comunicación, el oyente es quien define la “*plantilla*” (el lenguaje y el enfoque) de la comunicación. Hablar de tal o cual cantante de rap, que acaba de fallecer, puede significar poco en una iglesia donde la mayoría de las personas tienen más de 60 años. Un ejemplo clásico de predicación descontextualizada es la charla sobre la importancia de la castidad, en el asilo de una abuela. Otro ejemplo clásico es la siguiente introducción de un sermón dado (en otro momento) a personas sencillas que trabajaban en el sector de la limpieza en una universidad británica: “El argumento ontológico de la existencia de Dios ha sido relegado en los últimos años, en gran parte bajo la influencia teutónica, a una posición de relativa inferioridad en el arsenal de la apologética cristiana”.

Ley y evangelio

Otro hilo (el tercero, pero no en orden de inclusión o importancia) es la articulación de la ley-evangelio. Esto debe surgir del texto bíblico que se predicará. Una regla simple es esta: si aún no tienes el evangelio, asegúrate de que todo lo que tienes es ley. Pero hay textos decididamente evangélicos. En este caso, vale la pena preguntarse qué verbalización de la ley contrasta con este evangelio. Dado que la tarea es predicar la ley y el evangelio, con énfasis en el evangelio, si uno de estos elementos (o la ley o el evangelio) no es parte del texto de la predicación, tendrá que ser “*importado*” de otro lugar. Si el texto es principalmente evangelio, es necesario verificar cuál es la enfermedad que cura el texto. Un problema recurrente en la predicación es recetar el medicamento equivocado para la enfermedad que se ha diagnosticado. (Esto sucede cuando el predicador es experto en la técnica de, en un cierto momento del discurso, presionar una tecla imaginaria y liberar la cansada verbalización del evangelio, más o menos en estos términos: “Pero Jesús murió por nuestros pecados...”). Si nuestra enfermedad es la impotencia, la solución presentada no podría ser el sacrificio de Cristo por nuestros pecados.

Probablemente tendrá que ser la ayuda del Espíritu Santo en nuestra debilidad. Al final del libro de Caemmerer, en un Apéndice, hay una tabla de correspondencia ley-evangelio. Destaca la mayor variedad de formulaciones del evangelio (en comparación con el carácter “no creativo” de la ley). Y, vale la pena repetirlo, la dinámica ley-evangelio no debe determinar la estructura de la predicación. Es mejor tener esta dinámica en varios momentos de la predicación.

Un predicador nunca es solo un predicador de textos, sino un predicador del evangelio. Por lo tanto, no hay posibilidad de que alguien diga: “Hoy el texto es ley. Los oyentes pueden perdonarme, ¡pero hoy el Sinaí humeará!” Alguien dijo que en cada texto bíblico hay un camino que conduce a Cristo.

Un ejercicio con Filipenses 2:5-11

En aras de la ilustración, opto por un “estudio de sermones” (muy sucinto) de Filipenses 2:5-11.

La Serie Trienal coloca este texto como una lectura de epístola el Domingo Santo o Domingo de Ramos. Y esto en los tres años de la Trienal (Años A, B, C). Debe ser un texto importante. ¿Por qué se colocó allí?

El Domingo de Ramos o Domingo de Pasión, que es el domingo que abre la Semana Santa, tiene su ambigüedad hoy. ¿Es Ramos (“la entrada de Jesús en Jerusalén”) o es la Pasión (con énfasis en el comienzo del sufrimiento de Cristo)? Podría ser ambos. Pero la Serie Trienal permite opciones, especialmente en el Salmo y el Evangelio. En este estudio, tomaremos las perícopas del año C, el año de Lucas. “Cabeza” (es decir, la lectura que hasta cierto punto “manda” a los demás) es siempre el Evangelio. En este caso, es Lucas 22:1-23:56 (la narración de la Pasión en su totalidad) o Lucas 23:1-56 (la parte final de la narración de la Pasión de Lucas).

La intención de los formuladores de la Serie Trienal es comenzar la Semana Santa con la Narración de la Pasión de Cristo en sus oídos. (El Viernes Santo siempre se lee la narración según San Juan). También existe la opción de Juan 12:20-43, que se insertó en la reciente revisión realizada en la Iglesia Luterana (LCMS) de los Estados Unidos. El Salmo dominical puede ser el Salmo 118:19-29 o el Salmo 31:9-16. La lectura del Antiguo Testamento es Deuteronomio 32:36-39.

Aquí es donde encaja la epístola de Filipenses 2:5-11. Según la dinámica de la Serie Trienal, en este ciclo específico del año litúrgico (el llamado *semestre Domini* = “semestre del Señor”), la epístola fue elegida para tener alguna relación con el tema propio del período litúrgico. Es decir, Filipenses 2:5-11 viene con la promesa de estar relacionado temáticamente con las otras lecturas. Es una lectura adecuada para el inicio de la Semana Santa. ¿En qué sentido? Eso está por verse.

La cara del texto

Cuando miramos rápidamente la cara del texto, de este extracto que se nos dio, vemos que la edición griega de Nestlé-Aland (seguida de la NTV y la NAA) trae Filipenses 2:5-11 como un bloque de distancia. El Nuevo Testamento griego (edición SBB), que inserta títulos de sección

(“La humillación y exaltación de Cristo”), deja en el mismo bloque un pasaje más largo, a saber, Filipenses 2:1-11. Esto viene como un recordatorio importante: el texto no comienza correctamente en el versículo 5.

Todavía en términos de “rostro”, surge la cuestión del género literario de este texto. ¿Es prosa o poesía? Sabemos que la poesía aparece mínimamente en el Nuevo Testamento. Pero este no significa que no existe, aunque, la mayoría de las veces, es lo que se puede llamar “prosa poética”. La edición de Nestlé-Aland imprime el texto griego en un formato poético (con líneas de diferentes longitudes), al que sigue la NLT. Esto debe reflejar la tesis o teoría de que Filipenses 2:5-11 es un himno cristiano, tal vez incluso algo anterior a Paulino. (Alguien incluso escribió un ensayo sobre “Las contribuciones de los filipenses a Pablo”, diciendo que no solo hicieron una contribución financiera, sino que también proporcionaron algunas escrituras, ¡como este himno que Pablo cita y edita! Una tesis más).

El Nuevo Testamento griego, a su vez, se imprime en prosa. La Nueva Versión Americana King James hace lo mismo. ¿Es esto solo un problema estético? No. Si el texto es poético (o ligeramente poético), no puede leerse como si tuviera la precisión del Credo de Nicea. También tendremos que estar abiertos a la posibilidad de encontrar alguna repetición (el paralelismo típico de la poesía bíblica). Simpatizo con la tesis de que hay rasgos poéticos en este pasaje.

Filipenses 2:5-11, especialmente en su primera parte, es un texto lleno de términos complicados (*morphē* y *schēma* para “forma”; *harpagmós*, traducido como “usurpación”, pero puede significar “presa”; el verbo *kenóo*, “vaciar”, que dio lugar a la discusión del kenotismo). En definitiva, es un texto ampliamente discutido, en el que no todo está absolutamente claro. Pero es un clásico de la cristología. Sin embargo, aunque es un texto complejo, existen las famosas “ortodoxias interpretativas” o los “comentarios sobre la exégesis prefabricada”. Como alguien dijo, los huesos exegéticos simplemente se transfieren de una tumba a otra. Un exégeta repite lo que otro escribió. Los luteranos deberían estar alerta, porque estas “exégesis prefabricadas” son en su mayoría lecturas de teólogos reformados.

Una pregunta fundamental es definir de quién habla este texto. Está escrito claramente que es “Cristo Jesús” (v. 5). Pero generalmente se lee como una referencia al Hijo de Dios que estaba a punto de encarnarse. (Pablo no suele referirse al Hijo de Dios que se encarnaría en términos de “Cristo Jesús”. Se refiere a él como “Hijo”. Véase Gálatas 4:4. El pasaje en el que Pablo se acerca más a algo como esto es 1 Timoteo 1:15). Así, la exégesis luterana insiste en que Filipenses 2:5-11 habla, de principio a fin, del Hijo ya encarnado.

Otro desafío que presenta este texto es la interpretación de las diversas (tres) cláusulas de participio en el versículo 7 (“forma de siervo *que toma*”, “a semejanza de los hombres *que se convierten/han llegado a ser*”, “en cuanto a la forma, *hallada* como hombre”). Es en este punto que se puede percibir cómo las “fotos en blanco y negro” (las traducciones) dan un contorno definido al texto, que, en el original (en color), está mucho menos definido. El erudito bíblico luterano Joaquín Jeremías defendió una organización textual diferente, en dos estrofas:

- I
 1. Que subsiste en forma de Dios
 2. no consideró que el robo fuera igual a Dios,
 3. pero se vació
 4. tomando a forma de servo.

- II
 1. A semejanza de los hombres habiéndose convertido
 2. y en cuanto a la apariencia encontrada como un hombre
 3. se humilló a sí mismo
 4. haciéndose obedientes hasta la muerte...

Está claro que Cristo Jesús (ya encarnado), subsistiendo en forma de Dios y siendo igual a Dios, se despojó de sí mismo y tomó forma de siervo. Es decir, vaciarse de sí mismo no tiene nada que ver con la encarnación. La encarnación es vista como un hecho pasado: haberse convertido en semejanza de los seres humanos. Y, debido a que tiene características poéticas, humillarse y vaciarse son diferentes formas de hablar sobre el mismo proceso.

Incluso a riesgo de anticipar algo que debería dejarse para más adelante, vale la pena señalar que, según esta lectura, el texto de Filipenses 2:5-11 encaja muy bien al comienzo de la Semana Santa. Tengo mis dudas de si este texto habría estado allí si la Serie Trienal hubiera sido escrita originalmente por teólogos reformados, y no por teólogos católicos. (La exégesis católica y luterana de Filipenses 2:5-11 son esencialmente lo mismo). Por lo que se puede ver en muchas exégesis de naturaleza reformada, Filipenses 2:5-11 podría colocarse en la semana de Navidad. ¡Los católicos y luteranos nunca harían eso! Por supuesto, incluso en la lectura reformada, la referencia a la muerte en la cruz acerca Filipenses 2 a la Semana Santa.

Los pasos del texto de Filipenses 2

En cuanto a los pies del texto (es decir, los diferentes contextos), es importante considerar el contexto literario anterior (Filipenses 2:1-4). Sin embargo, Filipenses 2:5-11 a menudo se ve como un texto más independiente. El predicador debe tener cuidado: este no es el día para enfatizar la humildad cristiana como un reflejo de la humillación de Cristo. Después de todo, estamos en la apertura de la Semana Santa.

Al ser un texto esencialmente teológico, no hay mucho que decir en términos de contexto histórico y cultural. Pero hay un contexto teológico que debe tenerse en cuenta. Parece claro que Filipenses 2:5-11 es un texto cristológico (relacionado con la persona de Cristo). No hay soteriología. Es decir, el texto no responde a la pregunta sobre la razón de la cruz. Pero aparece en otro lugar, y necesita ser “importado” por el predicador. Para referencias cruzadas, la edición de Nestlé-Aland es un recurso muy valioso. Tres textos de Hebreos aparecen en los márgenes del Nestlé-Aland: Hebreos 2:9, 5:8 y 12:2. De estos, el paso de Hebreos 2:9 parece el más prometedor.

El hilo teológico

Filipenses 2:5-11, es un texto de cristología, y el hilo teológico ciertamente tendrá que ser algo relacionado con la humillación de Cristo, cuyo punto culminante es la muerte en la cruz. La importancia de la humildad en la vida del cristiano es un tema extraño, considerando el contexto litúrgico. Es decir, el enfoque no debe estar en Cristo como un modelo de humildad para el creyente. (Recuerdo que una vez escuché, para mi sorpresa, un sermón con este énfasis. ¿En el domingo de la Pasión de Cristo?) Esto puede significar que el típico “nosotros en la imagen” (la interpretación del oyente) no ocupará un lugar destacado en esta predicación. La Semana Santa es, de hecho, un tiempo de contemplación. Popularmente, en Semana Santa la gente quiere imitar a Jesús en su “sacrificio”. La predicación tendrá que decir: Es hora de “mirar firmemente al Autor y Consumador de la fe” (Hebreos 12:2).

Pensando en la persuasión y un tema

Un texto como Filipenses 2:5-11, que describe el camino de Cristo, sugiere automáticamente una meta de fe. Sin embargo, si caemos bajo el impacto del versículo 5 (“sed de un mismo parecer”) y Cristo es nuestro modelo de humildad, tenemos un enfoque similar a la ley. La cámara estaría frente a nosotros. Sin embargo, es necesario que la cámara esté orientada hacia para Jesús. Como el texto no es directamente soteriológico, este elemento tendrá que ser traído de otros textos, como ya se ha indicado.

El formato de un tema es algo muy personal, porque cada predicador es cada uno. Como el texto nos invita a tener la misma forma de pensar que Cristo Jesús, el predicador podría decir que, cuando se lee el Domingo Santo, lo mejor es “Mantener los ojos fijos en Jesús”. A partir de este tema, la predicación puede tener varios movimientos (o “partes”). Con nuestros ojos fijos en Jesús, veremos su humillación más profunda, en nuestro lugar y en nuestro nombre. Con los ojos fijos en Jesús, veremos su exaltación, que nos lleva a doblar las rodillas y confesar que Él es el Señor.

V

¿Cómo organizaré lo que tengo que decir? (tema y movimientos de la predicación)

En este punto, el maestro de la homilética clásica es J. Michael Reu. Su obra es de principios del siglo XX. Es un manual antiguo, pero ¿quién dijo que porque es algo viejo es automáticamente anticuado?

La organización del discurso corresponde a lo que en la retórica clásica (grecorromana) se llamaba *inventio* (“invención”, la búsqueda de argumentos) y *dispositio* (“disposición”, la organización de estos argumentos). La experiencia demuestra que este proceso de organizar lo que se quiere decir es más difícil de lo que uno imagina. Pero tener un discurso bien estructurado es de fundamental importancia. Ayuda al predicador y facilita la vida de los oyentes. Como regla general, se puede decir que si el predicador tiene problemas para reproducir lo que planeaba decir (porque la estructura es confusa), ¿cómo puede esperar que los oyentes se queden con algo de lo que dijo?

Habla que es una, completa, ordenada

La buena predicación desarrolla un solo tema, incluso si sucede orgánicamente, es decir, con ramificaciones. La predicación puede incorporar puntos que podrían llamarse subsidiarios. Sin embargo, deben tener alguna conexión con el tema. Por ejemplo, si el texto es parte de la Oración del Sumo Sacerdote de Jesús (Juan 17) que se centra en la unidad del cuerpo de Cristo, insertando algo relacionado con la Gran Comisión (la evangelización de los pueblos) puede ser una desviación del tema (a menos que esté conectado con el versículo 20: “por la palabra que hablan”). Predicar con más de un tema es el típico “sermón dos en uno”.

Aparte del tema único, la buena predicación es minuciosa. Esto significa que tiene un principio, un medio y un final. La predicación no necesita traer, en ese momento, todo lo que tienes que decir como predicador cristiano, pero es esencial que sea completa en relación con el tema y el texto de la predicación. Tomando la metáfora del viaje, es necesario partir, viajar y llegar.

La tercera característica de la buena predicación es el “orden”. Este orden puede tener en cuenta las “leyes pedagógicas” (tal como se enseña) o las “leyes retóricas” (según se persuade). De hecho, todos y cada uno de los discursos implican una secuencia (a menos que el orador deje de hablar). Por lo tanto, toda predicación eventualmente tendrá un orden, incluso si se acerca más a lo que parece ser una “falta de orden”. Para evitar esto, debe tener una orden previsional. Esto hace la vida más fácil para el orador y ayuda al oyente a seguir la predicación. Un sermón que no ha sido planeado (es decir, que no tiene un buen orden) no será fácil de predicar “de oído”.

Forma en el pasado

Históricamente, al menos en parte de la Edad Media y especialmente a partir del siglo XVII, triunfó el modelo silogístico (o deductivo): tema y tres partes. Las tres partes incluso tenían un simbolismo relacionado con la Trinidad. Dos partes pueden ser preferibles a tres partes, pero tres

es posiblemente mejor que cuatro, cinco, etc., en la medida en que impide que la predicación se extienda más allá de lo razonable. Siempre habrá algo que decir sobre todos y cada uno de los temas o temas. En otras palabras, agotar un tema es casi imposible.

Por lo tanto, tan pronto como sea posible, es decir, habiendo completado el discurso que había planeado, el predicador debe concluir la predicación. (Dado que el objetivo es “predicar de oído”, es mejor planificar un mapa de viaje más corto. Resulta que, en el viaje, es decir, cuando se predica, el discurso tiende a alargarse).

El tema de la predicación

El tema de la predicación es la unidad del texto puesto en papel. Es la respuesta a la pregunta: ¿Sobre qué voy a predicar? ¿Qué voy a proclamar? El tema implica una delimitación, ya que incluye lo que el predicador va a decir, pero también excluye todo lo demás. Para hacer uso de metáforas, el tema es el clavo o percha en el que cuelga el discurso. No todo se puede colgar de ese clavo, que no puede soportar el exceso de peso. Y, siguiendo con la metáfora de la percha, hay prendas que no se ajustan al tamaño de la percha.

Un buen tema tiene en cuenta el hecho de que la predicación tiene un objetivo (ya sea de fe, de vida o de ambos). Por lo tanto, un buen tema implica algo de movimiento. Una proposición o una frase, incluido un verbo, son las mejores opciones temáticas. A la luz de esto, “Paz”, “Amor fraternal”, “La justicia de Dios” no son temas. Los textos bíblicos no tratan esto de una manera tan genérica. Por otro lado, “Dios es amor” y “¡Hijitos, permanezcan en mí!” son buenos ejemplos de temas. Otros ejemplos, citados por Michael Reu: “En el pesebre, Dios abre su corazón y nos permite ver su amor incomparable”. “Dios responde las oraciones de su pueblo”. “La bendición de tener a Jesús como el Buen Pastor”. (¿Cuál sería una formulación precaria, en el caso de los ejemplos anteriores? Algo como “Es Navidad”, “La oración”, “El buen pastor”). El tema puede ser una exclamación: “¡Venid, porque todo está preparado!”, “¡Sed hacedores de la palabra!”. También puede ser una pregunta: “¿Dios responde a las oraciones?”, “¿Cuántas veces debo perdonar?”

No hace falta decir que la predicación debe estar relacionada con el tema. No tiene sentido formular un tema hermoso y decir algo diferente. Friedrich Schleiermacher dijo: “Un sermón que podría haber recibido un tema diferente es un sermón defectuoso”. (Si la predicación no corresponde al tema, es más fácil cambiar el tema que reescribir la predicación. Pero esto solo puede suceder si alguien diagnostica el problema antes del momento en que la predicación “nace de nuevo” en el púlpito).

Sintético o analítico

El predicador puede formular un tema del texto bíblico y, al predicar, en las diferentes partes, centrarse solo en ese tema. Este tipo de predicación se puede caracterizar como sintética, más al estilo de la Teología Sistemática. El texto bíblico proporciona la pero este tema no se desarrolla a partir del texto bíblico; la predicación simplemente explica el tema.

Pero es posible formular un tema que resuma el texto bíblico. Por lo tanto, las partes de la

predicación resultan de un simple cambio de rumbo. En otras palabras, el tema, formulado a partir del texto, se explica a partir de lo que está en el texto bíblico. Esta predicación se puede caracterizar como analítica (expositiva).

El valor de un tema

El tema de la predicación tiende a quedarse en la mente del oyente. Pero, para eso, debe ser breve, claro y llamativo. ¡Y el predicador necesita repetir el tema! El profesor Leopoldo Heimann solía decir que el tema es la frase que el oyente se mete en el bolsillo y se lleva a casa.

El texto bíblico y la estructura de la predicación

La sensibilidad al texto bíblico debe determinar la estructura de la predicación. En vista de esto, no tiene sentido someterse a una “camisa de fuerza” en forma de “un tema, tres partes”. En la práctica, no se puede cubrir el tema de los cuatro jinetes del Apocalipsis en un sermón de tres partes. La predicación se vuelve menos difícil cuando se formula un tema a partir del texto y se explica el tema a partir de los elementos del texto. El esquema surge del texto bíblico mismo. Como dijo el profesor William Schmelder: “Es difícil mejorar el contorno del Espíritu Santo”.

Ejemplos de temas con Lucas 24:36-49

Tema: Al final de la Pascua, una tarea para la Iglesia. Movimientos:

1. Tarea antigua (ya en las Escrituras);
2. Tarea realizada (vemos a los apóstoles predicando el arrepentimiento y la fe en el Nuevo Testamento); y
3. Tarea enfocada (no cualquier misión, sino la predicación de Cristo).

El resucitado está entre los suyos. Los convence:

1. de la realidad de su presencia;
2. la necesidad de su camino (el camino recorrido); y
3. la obligatoriedad de la tarea que se les asigna (Gottfried Voigt).

Formular las partes (los “movimientos”) en función del tema

Si formular un tema ya representa un desafío (parece que siempre es más fácil dar un título a la predicación que formular un tema), no menos desafiante es organizar una predicación que respete ese tema o esté vinculado a él. Sí, las partes o movimientos del discurso deben tener una conexión con el tema. Por lo tanto, surge la pregunta: ¿Cómo formular las partes en función del tema?

Michael Reu presenta varias posibilidades, más relacionadas con el modelo sintético de predicación (es decir, predicar más al estilo de la teología sistemática). Un método es dividir el tema en varias partes. Si el tema es “El Espíritu Santo me llamó a través del evangelio”, las partes podrían ser las siguientes:

1. ¿Quién llamó?
2. ¿Por qué medios llamó?

3. ¿A quién llamó?

Un segundo método es utilizar una parte del tema como el “principio de división” (divisor). El tema del ejemplo es “A los ojos de la fe, Dios está presente en todas partes”. La parte del tema que se puede usar como divisor es “en todas partes”. (Es decir, en las “partes” se abordan varios aspectos o ángulos de este “en todas partes”).

Así, las partes pueden ser:

1. En la naturaleza.
2. En la historia.
3. En nuestra vida.

En el caso de un tema como “Dios es amor” (1 Juan 4:16), la palabra “amor” puede tomarse como un principio de división. De este resultado surgen las siguientes partes (altamente predecibles, por cierto):

1. Es el amor como Creador.
2. Es el amor como Redentor.
3. Es el amor como Santificador.

Un tercer método es dejar el tema intacto abordando la verdad que expresa desde diferentes ángulos. El enfoque se puede hacer con el uso de algunas de las llamadas “preguntas directivas” (quién, qué, cuándo, por qué, etc.). Esta predicación puede caracterizarse como “una joya multifacética”.

Una predicación de 2 Corintios 7:6-10, podría tener como tema “Hay tristeza según Dios”. Este tema se puede abordar desde diferentes ángulos:

1. ¿Qué causa esta tristeza?
2. ¿En qué consiste esta tristeza?
3. ¿A qué conduce?
4. ¿Cuál es tu fin último?

Partes del tema (o movimientos) relacionadas con el tema

Ninguna división o parte de la predicación debe estar subordinada a otra (u otras). Esto significa que el segundo “movimiento” no debe ser una rama del primero. (Cualquier cosa que todavía se diga sobre la “primera parte” no puede considerarse una “segunda parte”). En una situación ideal, los diversos movimientos de predicación deben subordinarse al tema (¡una percha para colgar toda la ropa!) y coordinarse entre sí. Esto también significa que ninguna parte debe repetir, contradecir o anular una parte anterior, a menos que sea una predicación con dos partes antitéticas.

¿Partes o movimientos de idéntica duración?

Los manuales de homilética enseñan que no es necesario que los diversos movimientos de la predicación tengan una duración idéntica. Y la experiencia muestra que, cuando hay tres o cuatro movimientos (o partes), gradualmente se acortan. En cierto modo, esto se corresponde con la

expectativa del oyente, que espera que el discurso se vuelva más abreviado a medida que avanza hacia el final. (Puede ser frustrante notar que las piezas se hacen cada vez más largas...).

¿En qué orden colocar las piezas?

No existe una regla fija con respecto al orden de las partes. Al hacer el arreglo, el predicador puede tener en cuenta consideraciones pedagógicas y retóricas (de lo conocido a lo desconocido, de lo más simple a lo más complejo, de lo cognitivo a lo emocional, etc.). Es importante que el discurso crezca en intensidad y termine enfáticamente. Otro factor a considerar es el nivel de atención del oyente, que es más alto al comienzo de un discurso y vuelve a aumentar cuando el oyente se da cuenta de que el discurso está llegando a su fin. Sabiendo esto, el predicador reservará lo más importante para el comienzo y el final de su discurso.

Si el predicador se da cuenta de que todas las partes ya están en la estructura del texto bíblico (el “bosquejo del Espíritu Santo”), no hay nada que impida una inversión del orden de estas partes por razones pedagógicas o en aras de un énfasis especial. Es decir, la secuencia a) b) c) del texto bíblico puede resultar en una secuencia b) c) a) en la predicación.

¿Piezas o movimientos?

Varias veces, en la parte anterior, se utilizó la palabra “movimiento” como alternativa a “parte”. “Partes” sugiere algo más hermético, delimitado. Un discurso rara vez puede seguir un esquema tan rígido. Es mejor pensar en términos de “movimientos” o “etapas” de un viaje. “Para ir de principio a fin, voy a pasar por aquí, detenerme allí un poco más, desviarme un poco hacia la derecha al momento siguiente, etc.”

Llegar a una estructura bien ordenada o un esquema muy detallado (algo en forma de 1, dividido en 1.1 y 1.2, seguido de 1.1.1, 1.1.2 y 1.1.3, etc.) es útil para el predicador (porque ayuda a crear una secuencia coherente), pero no significa mucho para el hablante.

Como dijo Fred Craddock, “la predicación será escuchada; nadie va a tomar una foto del boceto”. Así que el predicador tendrá que decidir si vale la pena el esfuerzo de poner un esquema detallado en papel. En mi experiencia, algo como esto nunca ha funcionado. Lo mismo ocurre en el caso de la elaboración de un estudio homilético que supuestamente puede ser utilizado por otro predicador. Rara vez será posible aprovechar un esquema detallado que otra persona haya elaborado. La predicación es algo muy personal. Necesito organizar el discurso de la manera que me parezca apropiada y lógica. Rara vez puedo seguir la lógica del esquema de otro predicador (especialmente con respecto a las subdivisiones más pequeñas, es decir, el punto 1.1.1., por ejemplo).

Circularidad

La homilética tradicional debe mucho a la lógica y la retórica grecorromanas. Todo está bien organizado y la lógica tiende a ser lineal: primero el punto 1, luego el punto 2, seguido del punto 3. Cuando llegas al punto 2, ya no te refieres a lo que se desarrolló en el punto 1. Esto funciona bien para textos escritos (donde el lector puede volver a una página anterior si no ha notado algo

importante para su comprensión del tema que está leyendo), pero es más problemático en el caso de un discurso. En un contexto de oralidad (y esto se aplica especialmente a la radio), decir algo más de una vez es normal (y beneficioso para el oyente). La lógica bíblica, marcada por la oralidad, es más circular (y repetitiva) que la lógica griega. Sin embargo, no se trata de una circularidad repetitiva (al estilo de una noria predicando, en la que hay movimiento, pero no se mueve del lugar), sino de una circularidad en espiral (en la que hay progresión). El mejor ejemplo de esta circularidad en espiral en el canon bíblico es la Primera Carta de Juan.

En esta circularidad en espiral, la predicación eventualmente se parecerá a un río que serpentea a través de un valle, con un relieve ligeramente inclinado. La predicación no está en el mismo lugar todo el tiempo (hay movimiento; el viaje continúa; las aguas del río fluyen), pero tampoco es tan rápida y recta como una corriente de agua que baja de la montaña. Aún mejor es un término medio entre “un río que se estanca en un delta pantanoso” y “un rápido que viene rodando colina abajo”.

El esquema de la predicación clásica (parte 1, parte 2, parte 3) corría el riesgo de resultar en una estructura demasiado visible. Esta sería la típica “predicación esquelética”, en la que se pueden ver los “huesos” de la estructura. Los teóricos griegos y romanos ya advirtieron contra la excesiva visibilidad de la estructura. La recomendación fue la siguiente: “mejor esconder que quitar”. Esto significa que la estructura, que es muy necesaria, no debe convertirse en un fin en sí misma.

VI

La introducción (comenzando la predicación con estilo)

¿Necesitas tener una introducción?

Toda predicación comienza en algún momento, generalmente después de un saludo protocolario (“Gracia y paz, etc.”), o tal vez después de un momento de oración, pero esto no significa que este comienzo pueda caracterizarse como una “Introducción”. Hay una diferencia entre comenzar a hablar e introducir un discurso.

No es nuevo que se haga la pregunta de si toda predicación necesita una introducción. Michael Reu escribió que no siempre es necesaria una introducción. Crisóstomo, Agustín, Lutero y Calvino a menudo comenzaron a predicar sin ninguna presentación. (Es el sermón sin rampa). Por otro lado, Pablo, en Atenas, capturó la benevolencia de sus oyentes (Hechos 17:22). Entonces, en caso de duda, es mejor tener una presentación que no tenerla.

Objetivos de una introducción

Según Cicerón, hay tres objetivos del exordio: despertar el interés, asegurar el favor de los oyentes (*captatio benevolentiae*), servir de dirección para el habla.

Puede parecer innecesario despertar el interés de las personas que han venido al servicio de la iglesia. Después de todo, vinieron a la iglesia sabiendo que habría una predicación. Al principio, deben estar preparados y dispuestos a escuchar. (La situación es diferente para muchos maestros que, al ingresar a un salón de clases ruidoso, tienen que calmar a los estudiantes y esperar un tiempo antes de que puedan comenzar a hablar). Sin embargo, ya en el año 1859, William Taylor (en *The Model Preacher*) escribió que si pudiéramos mirar en la mente de los oyentes, veríamos todo: cultivos, ganado, mercados, cuentas bancarias, viajes, instrumentos musicales, grupos de amigos, etc. Según Taylor, no tiene sentido aparecer ante estos oyentes y decir: “¡Por favor, presten atención!” Es necesario llamar la atención de los oyentes. ¿Qué diría Taylor si viviera en la actualidad? Tantas distracciones, tan breves períodos de concentración...

Para despertar el interés y asegurar el favor de los oyentes, la introducción debe ser lo más inductiva posible. Anunciar el tema y las partes, es decir, presentar un resumen de la predicación en la apertura, no es necesariamente la mejor estrategia. Sin embargo, los predicadores de las comunidades afroamericanas en los Estados Unidos son famosos exactamente por esto: anuncian el tema, explican el tema y, al final, dicen de lo que acaban de hablar.

Entonces, a veces, comenzar diciendo: “El tema de hoy es...”, incluso puede ser una buena introducción. Sin embargo, comenzar un sermón el Domingo de Pascua diciendo: “¡Hoy es Pascua!” puede no despertar mayor interés, ya que probablemente todos los oyentes ya conocen este hecho.

Michael Reu escribe que el propósito de la Introducción es preparar al oyente para el tema. La

Introducción hace la transición de la lectura del texto bíblico al anuncio (sic) del tema. El predicador puede referirse al contexto bíblico y su importancia para el texto, señalar las razones por las que el texto requiere un tema determinado, mostrar la idoneidad del texto y el tema para la época del año, etc. En un día festivo o en una fecha que se repite (Navidad, por ejemplo), se puede decir que es un tema al que hay que volver una y otra vez.

¿Cuándo planificar la Introducción?

Por lo general, la Introducción es lo último que se debe preparar, especialmente cuando se trata de un trabajo científico como un Trabajo de Finalización del Curso. Después de todo, ¿cómo presentar o presentar lo que aún no existe? Sin embargo, puede haber ocasiones en las que el punto de partida sea la introducción. Es ese momento en el que se le ocurre al predicador una idea o una frase, que sugiere o da acceso a un tema. Entonces, ¿por qué desperdiciarlo?

Vale la pena presentarlo

La Introducción debe, de hecho, introducir. Es decir, no puede ser solo una historia interesante colocada al comienzo de la predicación, sin conexión con lo que sigue. Hay “introducciones” que, en lugar de introducir, sirven para distraer. Sin embargo, tampoco tiene mucho sentido tener una buena introducción, que lleve al tema, y luego decepcionar al oyente, llevando el discurso en otra dirección.

Justo

La Introducción debe estar “en la medida correcta”, es decir, no puede ser demasiado larga. En estos tiempos apresurados, parece preferible no tener ninguna introducción que tener una Introducción que nunca termina.

Consejos para una buena introducción

1. No empieces en un punto demasiado lejano, porque no es bueno tener una Introducción que nunca termina.
2. No hagas de la Introducción un fin en sí mismo; debe ser un medio para un fin.
3. La Introducción debe introducir el tema, no una de las partes, ni siquiera la primera parte de la predicación.
4. La primera impresión tiende a ser la que perdura, y esa primera impresión es causada por la Introducción. Agustín dijo: “La buena casa se conoce por el pórtico de entrada”.

Ejemplos de introducción

1. En el funeral de Luis el Grande, el predicador comenzó: “Hermanos míos, solo Dios es grande”.
2. Crisóstomo, ante el hecho de que los cristianos asisten al circo el Viernes Santo: “¿Se puede tolerar algo así? ¿Puedes manejar esto?”
3. Alguien predica sobre Juan 14:15: “¿Si me amas! ¡Si me amas! ¿Y si esto es cruel? ¿Cuál es la razón de este si?”

VII

La conclusión

(terminar la predicación aún mejor)

Es hora de parar

La predicación debe terminar en algún momento. No importa cuánto se explique un gran tema, aún será posible hablar de él (John S. Mill). En otras palabras, dado que no será posible decirlo todo de todos modos, ¡deténgase en el momento apropiado! El profesor Arnaldo J. Schmidt dijo: “Si no pasó nada en 22 minutos, difícilmente sucederá después de eso”. La predicación debe ser completa en relación con el tema que se propone. Como alguien dijo: “Tienes que dejar algunas papas para la cena”.

Hay una diferencia entre dejar de hablar y concluir

La Conclusión no es solo el final de la predicación, sino su finalización. Según Michael Reu, la Conclusión pretende reunir las diversas declaraciones, apelaciones y motivaciones y mostrar de una manera impactante cómo todo esto se relaciona con el oyente, hasta el punto de crear una impresión que permanezca. Según Reu, la conclusión debería ser como un río, aumentando de volumen y llegando al mar con fuerza. Desafortunadamente, el habla a menudo se disuelve en un delta pantanoso.

Conclusiones previstas

Terminar bien es un arte. El objetivo es causar un efecto, alcanzar un clímax, hacer conexiones. Si no se planifica la Finalización, la predicación terminará siendo el típico “sermón de vuelo a ciegas”, en el que el piloto no encuentra la cabeza de la pista para aterrizar. Fred Craddock sugiere que comencemos la preparación de la predicación en la Conclusión, para que la predicación no se prolongue hasta el final. (Dado que Craddock adopta el método inductivo, en el que el tema aparece al final, esto tiene mucho sentido). Debe terminar en un clímax, no en interminables apéndices.

¿Recapitulación?

La conclusión puede ser simplemente una pregunta que invita a la reflexión. También puede ser una breve recapitulación. Hay lugares y momentos en los que una síntesis o una breve repetición al final se ve bien. Sin embargo, uno no debe caer en la repetición. Como alguien dijo: “Al volar sobre el campo de batalla, podemos revisar los lugares por los que hemos pasado; no es necesario rehacer la batalla”. O, como aconsejó un predicador escocés, “Muéstrale a la gente a dónde vas, y en la aplicación recuérdales dónde has estado”. Al hacer esta breve revisión, es bueno variar el lenguaje, evitando repetir frases que ya se han utilizado. Sea como fuere, la conclusión debe ser adecuada para el sermón que se acaba de predicar. En otras palabras, la Conclusión no debe ser un pensamiento adicional y desapegado.

Brevedad

La conclusión debe ser breve. Es decir, es necesario saber cómo concluir la Conclusión. Alguien dijo: “Deja de disparar después de que te hayas quedado sin municiones; la gente puede identificar disparos de fogeo”.

Conclusiones previsibles

Hay conclusiones típicas o previsibles, que el predicador debe evitar en la medida de lo posible. (Nada puede ser más frustrante que ver a un organista hacer los movimientos preparatorios para la canción después de predicar cada vez con dos o tres minutos para el final. ¡Una buena conclusión es aquella que el organista o tecladista no espera!) No se recomienda utilizar el “Finalmente”, el “Para concluir” (que no siempre se toma en serio), el “Un detalle más antes del cierre”. Famoso es el sermón “ok” (“Oh, que todos podamos...”).

Terminando con “cola piadosa”

Hay sermones que pueden caracterizarse como “sermones piadosos”. El predicador habla de temas aleatorios que no están directamente relacionados con su llamado como testigo cristiano, y de repente se da cuenta de que realmente debería haber hablado como sacerdote, hombre religioso. Así, el último párrafo acaba teniendo un sesgo teológico (algo que podría empezar más o menos así: “La fe cristiana también tiene algo que decir sobre esto...”). Este es el típico sermón con una “cola piadosa”.

Un predicador luterano, ex profesor del Curso Pre-Teológico en el Seminario Concordia, tenía una forma estandarizada de completar la predicación. Cualquiera que sea el texto, cualquiera que sea el tema, siempre concluía (según los relatos de los oyentes en ese momento) con una referencia a la gloria del cielo. La conclusión era predecible. ¡Pero nadie podía decir que a este predicador no le importaban las “últimas cosas” o que nunca hablaba del cielo!

La tarea típica

Muchos predicadores tienen dificultades extremas para concluir el sermón en un tono evangélico. Parecen estar horrorizados por la posibilidad de terminar la predicación sin la clásica “tarea”. La Conclusión siempre comienza con algo así como: “Y ahora, hermanos y hermanas, ¿cuál debería ser nuestra reacción a esto?” Concluir con el evangelio es confiar en que el Espíritu Santo obra a través de la Palabra y produce los frutos que se esperan. ¡Es apropiado atreverse con un final evangélico!

Pregunta y/o silencio

No es raro que la predicación termine con una serie de preguntas. (Esta será sin duda una conclusión en tono de ley. La verbalización típica de la ley es la cuestión. El evangelio nunca aparece en forma interrogativa). Los teóricos homiléticos sugieren que en lugar de varias preguntas, es mejor concluir enfáticamente con una. Más sorprendente es la sugerencia (hecha por Fred Craddock) de concluir en silencio. Este silencio (ciertamente en un tono legal) puede

ser vergonzoso, pero tiene su efecto, según el caso.

¿Concluir con un poema o con música?

En los libros de sermones antiguos, no es raro encontrar un sermón que termina con un himno o la estrofa de un himno. Se puede deducir que este pasaje poético fue leído al final de la predicación. Hoy en día esto es más raro que suceda, pero no habría razón para no hacerlo.

Si la poesía, si se memoriza el himno (o una estrofa del mismo), el impacto puede ser mayor. Al final de la predicación, perder el contacto visual, leer cuatro estrofas de un himno, no es necesariamente una buena estrategia.

Dado que se habló de himno, existe la posibilidad (citada por Fred Craddock) de que el coro llegue a la conclusión. Pero esto tendría que ser una sorpresa, sin movimiento de personas y demora en “establecer el tono” para los diversos grupos de cantantes.

¿Conclusión fuera del púlpito?

Un sermón que culmina con referencia a la Cena puede terminar ante el altar.

La técnica del bracket

Muy utilizada por algunos predicadores, con gran efectividad, es la técnica del bracket.

Aquí el predicador concluye con un regreso al principio. Esto es muy apropiado cuando la predicación comienza (¡Introducción!) con el informe de una determinada situación, con una pregunta o algo así. En la Conclusión, cuando el predicador vuelve al tema, el oyente se da cuenta de que el discurso avanza hacia el final, trata de concentrarse de nuevo, ya conoce el tema, pero se sorprende por la inclusión de nuevos elementos (abordados a lo largo del discurso) en lo que había escuchado al principio.

Antes de la introducción y después de la conclusión

No hace mucho tiempo, era costumbre que los predicadores leyeran el texto del sermón, especialmente cuando el texto era un pasaje bíblico (breve) y único, es decir, sin conexión con las lecturas del servicio. Hoy, con la Serie Trienal, los predicadores suelen tomar un texto más largo, lo cual es bueno, y no repiten la lectura de ese texto desde el púlpito. Si el texto es, de hecho, predicado, no hay razón para repetirlo. Pero a veces, como el texto bíblico aparece mínimamente, hubiera sido aún mejor si se hubiera escuchado por segunda vez. Si la perícopa es breve, no habría razón para no volver a leer el texto. El hecho es que, en un momento en que se requiere prisa y el déficit de atención está aumentando, lo mejor es comenzar a predicar lo antes posible. Sin embargo, está bien comenzar con una bendición (“Gracia y paz...”) o un “En el nombre de Dios...”. Como ya se mencionó, aunque inusual en el contexto luterano, un momento de oración también es bueno.

Una vez terminada la predicación (con el típico “amén”, que, de hecho, siempre debe ser de los

oyentes, ¡no del predicador!), se suele pronunciar una bendición más. En el contexto luterano, se usa el texto de Filipenses 4:7. Sin embargo, muchos predicadores (e incluso seminaristas, que copian un mal hábito de sus pastores) piensan que necesitan enmendar el texto bíblico, adjetivando el sustantivo “entendimiento”. Por lo tanto, la bendición termina siendo “Y la paz de Dios, que sobrepasa todo *entendimiento humano*, guardará vuestros corazones y mentes en Cristo Jesús”. Pronunciada apresuradamente, esta bendición enmendada da como resultado una “*comprensión*” *jocosa*. Mejor eliminar el adjetivo. La paz de Dios sobrepasa todo entendimiento (1 Pedro 1:12).

VIII

Dando forma al mensaje (el “texto”) que voy a predicar

“¿Puedo ver su sermón?” “Profesor, ¿puedo enviarle mi predicación?” Estas son frases que usamos, e implican que la predicación es el registro escrito de lo que se va a decir. Pero la predicación no es el manuscrito, que es la partitura. El manuscrito y la partitura son estáticos, como una pintura o una pintura. La predicación es la interpretación de la música, una continuidad de sonidos, miradas, gestos, en orden temporal. La predicación es música, y en ella no se escucha todo a la vez, sino compás tras compás, tema tras tema.

En vista de esto, si la homilética se limita a solicitar las partituras (manuscritos) de futuros predicadores, tiene muy poca “disciplina práctica”. ¡La práctica se hace en la práctica! Alguien dirá que la homilética se prepara con miras a la predicación futura. Si esto es ser “práctico”, entonces Exégesis, Sistemática e Historia también son “prácticos”, porque tienen en vista la predicación futura y todo el ministerio pastoral futuro (en un curso de formación de pastores). La homilética solo se completa si los participantes suben o suben al púlpito.

¿Necesito escribir?

Si la predicación no es el manuscrito, ¿significa esto que no es necesario escribir lo que se quiere decir? No es absolutamente necesario tener un manuscrito, al menos no un texto completo. (Como se indicará más adelante, el manuscrito completo será un estímulo constante para llevarlo al púlpito y leer lo que podamos plasmar en papel con tanto cuidado y con todas esas frases bien formadas).

Sin embargo, escribir el sermón ayuda a organizar las ideas. También ayuda a encontrar formas de expresión, que incluso pueden ser evocadas o recordadas en el púlpito. Escribir el sermón es la garantía de que podamos verbalizar este tema, con un principio, un medio y un final. Además, el acto de escribir permite descubrir incoherencias y falta de claridad. Quizás se vea que es necesario empezar de nuevo. Richard Caemmerer, en los días de la máquina de escribir, declaró lo siguiente: “Es mejor que la paja sea arrastrada por el viento producido por los 'brazos' curvos en los que están montadas las máquinas de escribir que por el aliento del predicador en el púlpito”. (Hoy diríamos que es preferible que esto se haga por el ‘viento’ producido por el movimiento de los dedos en el teclado del ordenador...).

Ventajas de predicar por escrito

Escribir el sermón con anticipación protege al predicador de las trampas de la improvisación. El predicador no improvisará ni creará algo en el púlpito, sino que simplemente “recreará” lo que ha preparado en un momento anterior, en un esfuerzo literario (o de escritura). Tener un manuscrito listo te permite repasar lo que se ha preparado, para comprobar si el discurso avanza o no. Sin escribir, la “crítica literaria” sería mucho más difícil. En este sentido, tener un texto listo permite criticar lo que se ha grabado y, en ciertos casos, quitar lo que no es oportuno. El predicador puede notar que cierta frase sonará ofensiva. Es posible que un comentario algo divertido se interponga en el camino de la próxima declaración teológica más seria.

Pero, como señala Michael Reu, es necesario dar cabida a lo que aparece al predicar, en el púlpito, para que el sermón no sea simplemente una reproducción de lo que se ha escrito.

Cuándo poner la línea en papel

Los predicadores famosos del pasado (Agustín, Lutero y otros) tenían muchas de sus predicaciones anotadas por secretarios o taquígrafos. Estos sermones no fueron escritos antes de ser hechos. También hay información sobre predicadores que solo escribieron sermones cuando alguien les pidió una copia después del servicio. En este caso, buscaron reproducir por escrito lo que habían anunciado oralmente en el púlpito. (Uno pensaría que de aquí se deriva el siguiente consejo: “Uno solo debe publicar un sermón que realmente haya sido predicado”. Puedes. Sin embargo, incluso si este no es el caso, el consejo sigue siendo bueno).

Si voy a escribir, ¿cuál es el momento apropiado? Esto puede variar de un predicador a otro. Raros son los predicadores que pueden hacer lo que se dice que un pastor puede hacer: escribía su sermón el martes, ponía el manuscrito en un cajón, solo para sacarlo justo cuando se dirigía al templo para adorar. Cada uno cada uno, pero, en mi experiencia, esta predicación llegaría 'fría' al púlpito, por no decir que podría tener el sabor del 'pan duro'.

Dietrich Bonhoeffer, en su Homilética de Finkenwalde, hace un uso metafórico de la práctica israelita de recoger maná en el desierto: se recogía en el día o, a lo sumo, en la víspera (del sábado). Parece claro que un discurso que recibió los toques finales o los preparativos el día anterior es más fácil de reproducir en el púlpito que un discurso preparado cuatro días antes.

La redacción de la predicación también permite un archivo. Hoy, en la era digital, esto se ha vuelto mucho más fácil. Por supuesto, un sermón archivado es siempre un recurso que se puede desechar, en el caso de la Serie Trienal, tres años después. Sin embargo, un sermón de hace tres años, llevado al púlpito como se escribió en ese momento, corre el peligro de tener un sabor a humedad. Esto no significa que uno no pueda aprovechar una predicación del pasado. Alguien lo expresó de esta manera: “¡Si no se puede predicar por segunda vez, no vale la pena predicar la primera vez!” Pero hay una diferencia entre reutilizar y repetir.

Tres años después, el mundo ya no es exactamente el mismo, yo (como predicador) he cambiado y los oyentes ya no son los mismos. La predicación antigua se usa de manera similar al uso de otros materiales: extraemos las ideas, pero las expresamos de una manera nueva. Un viejo sermón puede “renacer” en el púlpito con un ADN ligeramente diferente.

Cómo escribir

Escribir un sermón es poner en papel algo que se presentará como si no hubiera sido escrito. Es algo de lo que se hablará, pero que, por las razones mencionadas anteriormente, preferimos poner inicialmente en papel. Por lo tanto, nada impide el uso de términos típicos del lenguaje hablado en la escritura misma. Nadie podrá escuchar (o ver) que el letrado de acento inverso se ha colocado donde no encaja (como en un letrado que dice: “¡Sujeto al cabrestante!”).

Hay, por supuesto, una diferencia entre escribir y hablar. Muchos escriben bien, pero hablan mal. Otros escriben mal, pero se expresan muy bien oralmente. Incluso hay una historia que ilustra esto. Al enterarse de que las predicaciones de su pastor se convertirían en un libro, un feligrés reaccionó de la siguiente manera: “Deben imprimir al predicador, no a la predicación”.

La homilía es un discurso. El sermón es lenguaje hablado, no obra literaria. Si alguien quiere publicar una determinada predicación, entonces el texto tendrá que colocarse en el estándar del lenguaje culto escrito. (Personalmente, he preparado muchos textos para ser grabados y transmitidos por la radio. Luego, cuando hice uso de algunos de estos materiales en un artículo de revista, tuve que hacer una reformulación completa. Por supuesto, no puedes publicar un artículo escrito más o menos de la manera que dices).

Simplicidad

Hay sermones que parecen ser una discusión poco esclarecedora de problemas irreales, en un lenguaje oscuro que pocos entienden. Muchos predicadores sufren de “presuposiciónitis”, es decir, presuponen demasiado. (Se puede suponer algún conocimiento de los oyentes, pero no se debe exagerar la medida). Alguien dijo que cualquiera puede complicar un asunto; simplificarlo es un don que pocos tienen. Spurgeon recuerda que Jesús dijo “apacienta a mis corderos” y no “alimenta a mis jirafas”. Billy Graham se quejó de que la tendencia de los predicadores es predicar a los pastores. Amor y sencillez: estos son los secretos del pastor.

IX

Originalidad, investigación y plagio

El estilo es el hombre

La predicación es un proceso personal. El predicador tiene el privilegio de “filtrar” la palabra de Dios a sus oyentes. Si no escuchan de mí, que soy el predicador, es posible que no escuchen el evangelio.

No hay dos predicadores idénticos. A menos que uno copie exactamente lo que hizo el otro. En este caso, se trata de plagio. Pero todavía habrá una “entrega” del mensaje que no será exactamente idéntica. Pero lo normal es que cada predicador prepare su predicación. David no se ve bien con la armadura de Saúl. Cuando se le pidió que compartiera una copia de un sermón notable, el difunto Dr. Johannes H. Rottmann, profesor de Nuevo Testamento en el Seminario Concordia, dio la siguiente advertencia a los ávidos estudiantes: “¡Pero recuerden que los 'viejos' no estarán allí!” Recordatorio importante. Una cosa eran esas palabras con la emoción y el acento inconfundible del Dr. Rottmann; otra cosa era repetir esas palabras como si fueran mías.

Tomando el ejemplo anterior, se puede agregar que un predicador endurecido tiene un espíritu y una credibilidad que un estudiante de teología de primer año no tiene. El ethos es algo que uno tiene o no tiene. Es algo que se construye, y que se construye mientras predicamos. Nada como la credibilidad del pastor del rebaño. Sí, el mejor predicador en una iglesia determinada es el pastor de esa iglesia.

El problema del plagio

El plagio no es nada nuevo. (A Lutero le robaron su traducción del Nuevo Testamento alguien que lo publicó como propio. Y en ese momento, no había nada como los derechos de autor o los derechos de autor). Hoy en día, el plagio se ha vuelto algo más fácil (hay un mayor número de materiales en Internet), pero también se ha vuelto más fácil de identificar. No es nuevo que las universidades que solicitan documentos de finalización del curso verifiquen posibles plagios.

Pero, ¿qué es el plagio? El plagio es el uso de las ideas y la información de otras personas sin reconocer a esa persona específica como fuente. Y, para que no me etiqueten como plagiario, les informo que esta definición fue tomada de <https://plagiarismdetector.net>.

¿Qué podría llevar a un predicador a plagiar?

Un artículo publicado en la revista *Christianity Today* (en el año 2002) aborda el tema del plagio en relación con los pastores, diciendo que el pastor enfrenta tres factores que complican la situación:

1. Vivimos en una era de saturación de los medios. La gente puede ver videos de grandes predicadores y esto ejerce presión sobre el predicador local.
2. El pastor habla (y escribe) más que cualquier otro comunicador. Los políticos tienen a alguien que escriba sus discursos. Un columnista de una revista suele publicar una columna cada dos

semanas. El pastor en muchos casos predica más de un sermón a la semana.

3. El sermón se “publica” sin que un editor lo vea primero. Por lo tanto, nadie notará ningún plagio de antemano. El predicador se siente más “protegido”.

¿Es el plagio un problema?

Tal vez uno piense que plagiar no es algo tan comprometedor. No lo es, mientras no se descubra nada. Pero para un pastor esto es, sí, un asunto serio. Alguien dijo: “Si el pastor no predica lo que es suyo, ¿cómo puedo tomarlo en serio en el resto del ministerio?”

Es raro que un pastor sea suspendido por plagio, pero esto es lo que le sucedió en el año 2002 en los Estados Unidos a un pastor anglicano llamado Edward Mullins. Los miembros de la iglesia descubrieron que plagiaba sistemática o continuamente. Mullins fue suspendido por 90 días para que la diócesis pudiera investigar el caso. Cómo terminó el caso no importa en este momento.

“Plagio” en tiempos pasados

Cualquiera que lea el Prefacio de Martín Lutero al Catecismo Mayor (en el Libro de la Concordia) escucha la queja de Lutero sobre los predicadores y pastores que no quieren enseñar el catecismo, es decir, el contenido de la fe cristiana. Lutero nos recuerda que lo que se debe enseñar y predicar está disponible, muy clara y fácilmente, en muchos libros útiles. Y luego Lutero agrega que estos son “los verdaderos sermones *per se loquents* [Sermones que hablan por sí mismos], *Dormi seguro*, *Paratos* [Preparado] y *Thesauros* [Tesoros], como se les llamaba en otros tiempos” (Libro de la Concordia, 2ª edición, p. 406). Una nota al pie indica que estos eran títulos de libros de sermones ampliamente difundidos en la Edad Media. “¡Duerme en paz!” La predicación está en el libro, ¿qué más podría desear?

Por lo tanto, predicar sermones de otros es una práctica antigua. (Incluso podría decirse que los sermones de predicadores como Agustín y Crisóstomo se conservaron y transmitieron de generación en generación, porque interesaban a los predicadores. Lutero escribió libros de sermones, el *Postillen*, para predicadores sencillos. En ese contexto, el tema de la predicación era más importante que la originalidad del predicador. Pensando en Agustín, Crisóstomo y Lutero, sería posible decir lo siguiente: Si vamos a estudiar el sermón de alguien, demos preferencia a los que son los “pesos pesados”). ¡Hasta mediados del siglo XIX, los libros de sermones vendían más que las novelas! El rey Jacobo I (de Inglaterra; murió en el año 1625) ordenó que todos los predicadores predicaran *un* sermón original por mes. ¡Y ha habido quienes han sido ordenados al ministerio (también en Inglaterra) con la condición de que, durante los primeros tres o cuatro años de su ministerio, no prediquen ningún sermón propio!

Alguien dirá con razón que “hoy los tiempos son diferentes y las chiripas están rotas”.

Ya no estamos en el comienzo del movimiento de la Reforma. Los predicadores son graduados de escuelas de teología que tienen un plan de estudios de al menos cuatro años. Las iglesias de hoy esperan con razón que sus pastores preparen por sí mismos lo que van a predicar.

Para dejar en claro que no hay nada de malo en consultar otros materiales en sí mismos, me

apresuro a agregar que ahora hay muchos *Dormi Secure* (“Duerme seguro”) en forma de sitios de Internet. Cito *Desperatepreacher.com* (¡Predicador desesperado!) y *Preachingtoday.com*. Mi preferencia personal es por *Textweek.com*, especialmente porque se refiere a estudios sobre textos bíblicos, teniendo solo mínimamente “sermones listos”.

De hecho, mucho mejor que leer un sermón terminado es leer estudios homiléticos (como los publicados en la revista “Iglesia Luterana”). Pero en muchos momentos lo que se encuentra en otros lugares, en conversaciones con otros predicadores, muestra que el camino elegido es bueno, y que “nunca haría nada del tipo que se sugiere”.

Plagio e investigación

Ya está bastante claro que no necesitamos extraer todo de nuestro interior. Si fuera así, ¡ay de los oyentes! Muy pronto habríamos agotado toda la munición o habríamos estado “siempre haciendo el mismo disparo”. Hay un consejo sabio que dice: “Piensa hasta que estés vacío; leer hasta que esté lleno de nuevo”. También podemos (debemos) aprender de los demás.

Sin embargo, existe una diferencia entre plagio e investigación. Usar frases de una sola persona o confiar exclusivamente en un autor es plagio. ¡Citar ideas de docenas de autores es investigación! Esto demuestra que la diferencia entre plagio e investigación es una cuestión de gradación. Cada vez que reconozco el trabajo de otros, evito lo que podría caracterizarse como plagio. Esto no siempre es posible y/o conveniente en una predicación. Si alguien menciona a Charles Spurgeon, los oyentes pueden preguntarse: ¿Pero quién es este tipo? Por lo tanto, en lugar de considerar el pensamiento de Spurgeon, se distraen pensando en quién podría ser este hombre. Mejor, en tal caso, es simplemente decir “un gran predicador del pasado”.

¿Originalidad absoluta?

Es muy difícil ser 100% original. De hecho, si predicamos algo que nunca se ha dicho (o que no aparece en ninguna parte, especialmente en la Biblia), ¡seremos herejes! “El Señor dio la palabra; grande es el ejército de los que predicán las buenas nuevas” (Salmo 68:11). Además, existe el fenómeno de la intertextualidad: mi texto de hoy no está libre de la influencia de textos que ya he escrito o leído. Sin embargo, esto no niega el hecho de que existe una clara diferencia entre plagio e influencia.

A la hora de consultar a otros, se recomienda que esta “conversación” solo tenga lugar después de que hayamos ganado confianza en nosotros mismos o ya sepamos más o menos lo que vamos a decir. Lo mismo se aplica a la exégesis: primero, leo el texto yo mismo; Solo en un segundo momento escucharé lo que otros (comentarios) tienen que decir. No hace falta decir que todo lo que se recopila de otros o de otros lugares debe pasar por el filtro de la personalidad del predicador. Rara vez el estilo de otra persona es exactamente mi estilo o mi forma de decir las cosas. En el púlpito, el predicador debe ser auténtico. Alguien dijo: “Prefiero ser maldecido por un mal sermón que escribí yo mismo que ser elogiado por predicar que no es mío”.

X

¿Cómo llevar al púlpito lo que he preparado para hablar?

Los teóricos de la homilética a menudo recuerdan que la predicación debe “nacer de nuevo” en el púlpito. Sin embargo, también es posible decir que no hay predicación, antes del momento en el púlpito. En este sentido, la predicación “nace” en el púlpito. Desde la perspectiva de la iglesia (los oyentes), esto es bastante así. La gente no sabe qué tan pronto y cómo se preparó el predicador; Escuchan lo que dice el predicador.

Cinco formas de presentar algo

Un orador puede preparar un texto (impreso) y leerlo pura y simplemente.

Este tipo de presentación también requiere preparación, pero en general, parece ser la estrategia más fácil.

Si un orador quiere separarse del papel, puede memorizar un texto palabra por palabra y hacer una recitación. Algo así se hace con himnos y poesía, pero es prácticamente imposible, en un escenario realista, esperar que un predicador cristiano pueda memorizar textualmente un mensaje (o más de uno) por semana. Este tipo de recitación termina sonando artificial. Y tampoco es necesario llegar a tal extremo.

Una alternativa (problemática, no recomendable) es la improvisación, el famoso “off the cuff”. Hay, sin duda, muchas situaciones en la vida de un pastor en las que tendrá que hablar extemporáneamente. Sin embargo, en condiciones normales, es decir, si hay tiempo para la preparación previa, improvisar es una mala alternativa.

La mejor opción es, sin duda, la “improvisación preparada”. Esto significa que el orador hace todos los preparativos (elige el tema, organiza los movimientos, elige una forma de decir lo que ha preparado, hace un registro escrito de lo que pretende decir, ensaya lo que ha preparado, etc.) y habla libremente. La predicación se “recrea” en el púlpito, en una versión oral.

Una quinta alternativa es una combinación de dos o más de las opciones anteriores.

¿Leer o hablar libremente?

En perspectiva histórica, y también en el contexto de la Iglesia Luterana a lo largo de los siglos, leer un sermón escrito nunca ha sido la opción número uno. En la Iglesia Antigua y en la Edad Media, el sermón hablado era la regla.

Se conocen más de 900 sermones de Agustín, anotados por taquígrafos. (Agustín declaró: “La elocuencia no es algo que buscamos; acompaña el amor a la verdad”).

Crisóstomo predicó “libre”. Una vez, al ver la inquietud de los oyentes, que estaban distraídos por el hecho de que estaban encendiendo las luces en las calles de la ciudad, reaccionó de la

siguiente manera: “¡Amigos, la verdadera luz está aquí: la Palabra de Dios!”

Se dice que Lutero solía predicar a partir de un resumen en una hoja de papel. El texto publicado (y tenemos unos 2.100 sermones de él en la edición de Weimar) es el resultado del registro de secretarios o taquígrafos.

El Dr. C.F.W. Walther declaró que la congregación tiene derecho a esperar que el pastor conozca el sermón de memoria.

Michael Reu, hablando sobre la situación estadounidense a principios del siglo XX, recordó a su audiencia que leer el sermón desde el púlpito es algo que los luteranos copiaron de los puritanos. “¡Nunca ha sido la práctica de nuestra Iglesia!” Una predicación es un “testimonio vivo”. El sermón leído suena más o menos como “el testimonio que tenía que dar en el momento en que escribí lo que tengo ante mí”.

Pero, por supuesto, esta no era una regla absoluta en todas partes. En Inglaterra, la lectura del sermón se convirtió en un requisito para garantizar la ortodoxia. En el siglo XVIII, en Londres, un sacerdote fue destituido porque tenía la costumbre de apartar los ojos del papel. Hay predicadores famosos que siempre han leído los sermones. ¡Pero necesitas saber (y poder) leer como ellos leen! (En el famoso discurso de Demóstenes “Sobre la corona”, se estima que el material leído alcanzó 1/8 del total. Este material leído no se conservó. Pero están las indicaciones, como: “Voy a presentar lo que se ha decidido...”).

Si el predicador se apega al manuscrito, no significa que simplemente pueda leer lo que ha escrito. Es necesario familiarizarse con el manuscrito. Esta familiaridad abre la puerta a un poco de improvisación y permite cierta libertad en el púlpito: sustituir una palabra, omitir una frase, insertar algo que ocurre en el momento, etc. Un texto impreso no se ve exactamente igual que en la pantalla de una computadora. Si el formato está alterado, el predicador no sabe qué hay en qué lugar. La familiaridad con el manuscrito es lo mínimo que se espera de alguien que predica en papel. (Aquellos que dependen completamente del manuscrito deben vigilar ese manuscrito, para que no ocurra ningún acto de sabotaje. Hay una historia divertida que ilustra esto. Un pastor solía dejar la predicación desde el púlpito tan pronto como el sábado. Sin embargo, sucedió que un grupo de jóvenes se reunía en la iglesia por la noche. Un joven decidió robar una hoja del manuscrito. El domingo, mientras predicaba, el pastor leyó las últimas palabras de una hoja, que decía: “Y entonces podemos imaginar que Eva le dijo a Adán”. Al pasar la página, notó que la continuación del diálogo no estaba allí. Se dio cuenta de que faltaba algo. Miró a la congregación y dijo: “¡Falta una sábana!”).

El problema del papel

El papel es un mal conductor del calor humano. Charles Spurgeon declaró: “¡La mejor lectura que escuché sabía a papel y se me atascó en la garganta!” Quedarse atascado en el manuscrito es perder el contacto visual con los oyentes, y eso plantea un problema. Después de todo, el ojo es el ayudante más poderoso para la voz. La predicación de oído permite la naturalidad, la cercanía y le da a la predicación el carácter de un testigo.

He visto predicadores endurecidos que cuentan una experiencia que solo ellos tuvieron y no pueden hacer libremente; necesitan leer en papel. ¡Esto es difícil de aceptar! Por otro lado, la experiencia muestra que, incluso en el caso de predicadores principiantes que relatan (“de oído”) una experiencia que solo ellos tuvieron (algo así como “lo que viví cuando mi madre luchaba contra el cáncer”), la comunicación procede de una manera muy diferente a la de los momentos en que hay dependencia del manuscrito.

Esta misma observación se puede hacer (personalmente vi que esto sucedió, en la década de 1970) cuando un pastor hace un “sermón” para los niños y luego predica a la iglesia desde el púlpito. Al hablar con los niños, libremente (y con palabras más sencillas), el pastor se comunicaba muy bien. En el púlpito, confiando (en parte) en un manuscrito y hablando más “teológicamente”, se volvió más oscuro. Los miembros de la iglesia guardaron el sermón, ¡pero no estaban seguros de cuál había sido el tema de la predicación!

Una situación análoga es aquella en la que el pastor fue tomado por sorpresa (el predicador invitado no pudo venir) y habló extemporáneamente. Al final del servicio, al salir de la iglesia, los comentarios fueron muy positivos. El pastor puede pensar que fue improvisación (y se sentirá tentado a improvisar a partir de ese momento), pero es muy probable que fuera el estilo oral y el clásico “ojo a ojo”.

Predicar de oído

No es necesario repetir aquí todo lo que aparece en el artículo “Predicar de oído: ¿Es posible?” (Revista de la Iglesia Luterana, 2019), en la que hago una reseña ampliada del libro de Dave McClellan, *Predicando de oído*. Sin embargo, algunas observaciones son necesarias. Predicar sin ningún papel no es en sí mismo el objetivo. A la mayoría de los oyentes no les molesta el hecho de que el predicador mire un pedazo de papel de vez en cuando. Esto demuestra que hubo preparación y aporta cierta credibilidad. Pero nadie se basa en notas para hablar de las cosas que están en el corazón y son importantes (proponer, por ejemplo). El objetivo no es quedarse sin notas, sino prepararse tan bien que pueda presentar la Palabra de Verdad “en vivo” en un contexto dinámico.

Preparación oral

La parte más sorprendente del enfoque de Dave McClellan es la afirmación de que prepararse para predicar en el entorno literario es hacer la preparación equivocada. Según McClellan, para un contexto oral, la preparación tiene que ser oral. Por lo tanto, la oficina u oficina no es el lugar más apropiado para esta preparación. El mejor lugar es el santuario o púlpito. Por supuesto, esto es más una metáfora que otra cosa. McClellan entiende que la predicación no debe ser “entrenada” después de haber sido escrita, sino “ensayada” (elaborada en forma de ensayos orales) y solo entonces puesta en papel. Normalmente, la predicación nace en papel y “renace” en el púlpito. McClellan sugiere revertir el proceso: dejar que la predicación nazca en el habla (porque predicar es hablar). En otras palabras, no es hasta que la predicación está escrita para comenzar a predicarla. (Eso sería impactante para el típico profesor de Homilética al que le gusta insistir a los predicadores principiantes: “¡Si no me dan un manuscrito, no irán al púlpito!”) McClellan parece decir: “¡Si ya tienes un manuscrito, no vas a predicar en mi clase de

Homilética!”)

Hay que añadir que, así como a veces uno no sabe qué escribir hasta que empieza a escribir, es posible que en ciertos momentos sólo se empiece a predicar cuando se empieza a hablar. Si comenzar a escribir “desbloquea” a los que no pueden escribir, comenzar a hablar puede tener el mismo efecto. ¡Pero eso no debe dejarse para la hora de la adoración!

McClellan sugiere que el predicador haga un mapa, en media hoja de papel. El término “mapa” va bien con la metáfora de la predicación como “viaje”. En lugar de hacer un boceto, el predicador coloca una serie de iconos o figuras (¡siempre que sepa dibujar!) que indican los puntos de paso o parada en este viaje (los “movimientos” de la predicación). Desde el mapa, el predicador comienza a ensayar su discurso. El mapa y el ensayo distinguen esta predicación de la espontánea o improvisada bla-bla-bla. El mapa permite responder a situaciones imprevistas (algún ruido, por ejemplo; una golondrina que entró para competir con el predicador).

Valentía para dar el salto

Nadie puede ser obligado a “predicar de oído” o sin manuscrito. Sin embargo, como dice el refrán, “por falta de un grito, se perdió un rebaño de ganado”. No está de más alentar a que esto se haga. Y cuanto antes comiences, mejor. Se necesita coraje para saltar y “soltar el trapecio”. Este fue el consejo del Dr. William Schmelder, quien predicó con una sola Biblia frente a él. Cuando la predicación es textual, en el sentido de seguir el “bosquejo del Espíritu Santo”, predicar sin un manuscrito no es tan difícil. Cualquiera que elabore un razonamiento teológico que no tenga una secuencia más o menos clara tendrá muchas dificultades para reproducirlo libremente en el púlpito. La predicación que es difícil de reproducir en el púlpito es, la mayoría de las veces, una predicación que ha sido mal estructurada.

Richard Caemmerer recomienda que el predicador memorice ideas, no palabras o frases. A la luz de esto, mucho mejor que tener un manuscrito completo es tener una secuencia de “temas de oración” o comienzos de párrafos. Esto no está lejos del “mapa” del que habla Dave McClellan. Sea como fuere, cuanto antes el joven predicador “suelte el trapecio”, mejor. ¿Es más fácil predicar así? ¡Te aseguro que no! Pero puede valer la pena.

XI

Sin púlpito

Atrás quedaron los días en que predicar era sinónimo de hablar. (Los miembros de la iglesia, es cierto, están impresionados por el “discursante”. Registran más la forma de hablar que lo que se dijo. Podemos lamentar este hecho, pero es una realidad). Hoy en día, la predicación se hace mucho más en el estilo del discurso, de la homilía. Difícilmente tendremos en nuestros días una situación similar a la que dejó a un niño muy asustado. El predicador, en uno de esos púlpitos que estaban en un plano superior (al que se accedía por la sacristía, por medio de una escalera), gritaba y gesticulaba incesantemente. El niño se dirigió a su madre en estos términos: “Mamá, ¿qué pasará cuando lo liberen de arriba?”

Entonación

Pero si predicar es hablar, más o menos como se habla normalmente, esto no significa que uno pueda hablar como si estuviera sentado a la mesa, tomando una taza de café y hablando con un amigo. Incluso con un micrófono, es necesario proyectar la voz (con cierta imposición), hacer modulación, acelerar y ralentizar, etc. Sin embargo, nada de esto debe exagerarse. De lo contrario, se desarrolla el famoso “tono de púlpito” (*Kanzelton*), que puede volverse molesto y, a veces, incluso cómico. (Hay predicadores que tienden a exagerar la última palabra de la oración. Otros disminuyen el volumen en la última sílaba, que se vuelve inaudible).

El predicador necesita conocer su voz, su alcance, su poder, sus recursos. Los que tienen voz de tenor necesitan, en determinados momentos, modular a un tono más bajo (para que el discurso no sea estridente), y los que son barítonos necesitan, de vez en cuando, imponer su voz a un tono más alto (para que el discurso no pierda su brillo). Es difícil escuchar la predicación en un tono alto o en un estilo emocional de principio a fin. Aquellos que hablan en voz baja deben ser más enfáticos de vez en cuando. Quien sea enfático, es bueno calmarse de vez en cuando. “La modulación adecuada es para el oído lo que la puntuación es para el ojo”.

No todas las predicaciones son iguales. Hay temas que requieren un discurso más enfático. El tema y la presentación deben “casarse”, como un atuendo bien ajustado.

Articulación, etc.

Los que hablan en público necesitan articular bien, “masticar” las palabras, cuidar que una sílaba no termine tragada (es decir, para que “confraternización” no suene a “confraternización” y “distribución de Biblias” no se convierta en “distribución de Biblias”). Los ejercicios de técnica vocal siempre son bienvenidos. Nunca está de más “calentar” tu voz antes de hablar en público. Respirar correctamente ayuda a preservar la voz. Estar hidratado (y tener un vaso de agua al alcance) es fundamental. (Desafortunadamente, muchos púlpitos no prevén la presencia de un vaso de agua). Finalmente, nunca está de más grabar al Dr. Richard Schultz (en un curso de maestría): “¡Buena eliminación!” Traducción: Si el predicador está “apretado”, impedido de hacer una parada rápida en el baño, no podrá hablar con facilidad.

Gestualidad

Los gestos acompañan al habla y son como algo natural. Hay quienes hablan sin nunca gesto. (Se dice que Pericles permanece inmóvil como si fuera una estatua). Cada orador sabe cuánto gesticula. Aquellos que son moderados en sus gestos pueden tener que hacer un esfuerzo para hablar más con las manos. Sin embargo, esto no puede ser algo forzado. ¡Aquellos que gesticulan demasiado deben tener cuidado de no parecer un pez luchando en aguas poco profundas!

Por lo general (a menos que sea una grabación o filmación), no nos vemos gesticulando. Hay que tener cuidado con los gestos que se repiten: el brazo que sube y baja, como si el orador estuviera con el hacha en la mano, cortando leña; el cuerpo que se balancea como si fuera un péndulo; el dedo levantado señaló a alguien; la muñeca se cerró, como si pronto fuera a comenzar una pelea; los dedos aplastados; y así sucesivamente.

El “look”

Los ojos son la mejor ayuda para la voz. Sin embargo, hay dos extremos que hay que evitar: la mirada que revisa toda la iglesia y la mirada fija en una sola persona. Sin embargo, es mejor mirar a algunas personas que no mirar a nadie.

Hay un registro de predicadores que no podían mirar a la congregación: miraban fijamente a una ventana... También es posible encontrar predicadores que prácticamente abandonan la escena, dejando los ojos medio cerrados o completamente cerrados. (Esta postura resulta fácilmente en el típico “sermón de la paloma en los terebintos distantes”).

¿Y el púlpito?

El púlpito existe para que la gente predique en él. En algunas iglesias, es el único símbolo litúrgico que queda. El púlpito, al estar en un plano ligeramente más alto, permite una buena visibilidad a los oyentes y ayuda a proyectar la voz del predicador. Pero también es cierto que el púlpito típico de las iglesias luteranas (una estructura redonda hecha de madera) es un obstáculo para la comunicación. Así, hay pastores que suelen dejar el púlpito en determinados momentos. Pero el púlpito siempre debe ser el punto focal de la predicación.

También es cierto que hay púlpitos y púlpitos. Al igual que muchos bancos (hechos por alguien que sabía que nunca se sentaría en ellos), muchos púlpitos fueron hechos o diseñados por personas que sabían que nunca ocuparían ese lugar. El estante (el lugar donde se coloca la partitura) es estrecho y una Biblia y una hoja de papel no caben al mismo tiempo. El único espacio disponible para un vaso de agua es el borde y, por lo tanto, el predicador necesita vigilar en todo momento, para que no ocurra un accidente...

El púlpito siempre pertenece al pastor de la iglesia. Fue llamado a ocupar ese espacio. Nadie debería ocuparlo sin ser invitado. Tampoco debe convertirse en un depósito para libros u otros objetos. El púlpito existe para que la gente predique en él.

XII

Epílogo

“Cada texto bíblico es el comienzo de un camino que conduce a Cristo” (James S. Stewart).

Predicar el evangelio es un privilegio y, en el caso del predicador “llamado y ordenado”, un deber. Podemos (y debemos) predicar todo el tiempo, espontáneamente, a través de palabras y hechos. Pero los que predicán en la Iglesia tienen una responsabilidad muy especial. Por lo tanto, los futuros predicadores son “entrenados” en una disciplina llamada Homilética.

La predicación es un don y un arte. El don es, estrictamente hablando, innato. El arte se puede desarrollar. Y este es un proceso que se extiende a lo largo de la vida. No existe tal cosa como “ahora estoy en plena condición y no necesito nada más”. Los cantantes hacen técnica vocal, los médicos se mantienen al día asistiendo a cursos y conferencias, pero los predicadores a veces dan a entender que aprendieron todo en la escuela de teología. Más que preparar la predicación, es necesario preparar al predicador. Y el predicador se prepara (se prepara) mediante la meditación constante de las Escrituras. (A veces uno tiene la impresión de que los predicadores leen solo el texto que van a predicar. En cierto modo, si lees este texto, y haces una “buena” lectura, ya será un avance. Las investigaciones indican que muchos pastores brasileños nunca han leído la Biblia completa al menos una vez en su vida...) Pero también es posible mantenerse al día y crecer en el arte de la predicación. Si no es posible asistir a los cursos, se recomienda leer algo relacionado con la predicación. Alguien dijo que el predicador debería leer al menos un texto relacionado con la homilética cada año. La iglesia se da cuenta si el pastor crece como predicador o si se estanca. (¡Hay una clara diferencia entre 15 años de ministerio, con crecimiento, maduración, etc., y un año de ministerio repetido 15 veces!) El profesor A. J. Schmidt dijo: “La única forma en que los miembros de la iglesia pueden defenderse de un mal sermón es quedándose en casa”.

El predicador es también, en general, el pastor. El buen trabajo pastoral puede cubrir una multitud de pecados homiléticos, pero no justifica una laxitud en la predicación. De hecho, la curación de almas (¡visitas!) y la buena predicación se complementan entre sí. (El pastor visita de martes a viernes; los miembros de la iglesia “visitan” los domingos). Las visitas y la buena predicación mantienen a la gente en la iglesia.

XIII

Predicando textos del Nuevo Testamento

La predicación de textos del Nuevo Testamento es básicamente predicar textos de los Evangelios y las Epístolas. Sin embargo, la Serie Trienal también incluye textos de Hechos y el Apocalipsis (especialmente los domingos de Pascua). Esto significa que se incluyen los “cuatro cuadernos” del Nuevo Testamento (Evangelios, Apóstoles, Apóstoles paulinos, Apocalipsis), lo que equivale a decir que se predicán textos de todo el Nuevo Testamento. Si eso no fuera suficiente (en términos de complejidad), todavía tenemos los subgéneros o géneros menores dentro del género más amplio de “gospel” o “epístola”.

Predicando los Evangelios en general

Un poco de sofisticación hermenéutica le hará bien al predicador, es decir, vale la pena revisar lo aprendido sobre la interpretación de los Evangelios. La claridad con respecto al concepto del “Reino de Dios” (que muchos entenderán erróneamente como “estar en el cielo”) es fundamental. Nada (nadie) es más central en los Evangelios que Jesucristo. Dado que sabemos muy poco sobre quién escribió cada Evangelio, cuándo, dónde y con qué propósito específico, la información de carácter introductorio (la clásica “Isagoge”) no cabe en el púlpito (a menos que sea esencial para la comprensión de un determinado punto).

Un poco de “crítica de redacción” (que resalta el énfasis teológico de cada “redactor”) no dañará al predicador, ya que le ayudará a ver que los fariseos de Lucas no son exactamente como los fariseos que aparecen en Mateo. (No todos los fariseos eran “enemigos feroces” de Cristo). La “crítica editorial” nos ayuda a ver que cada Evangelio tiene sus propias peculiaridades y que debemos resistir la tentación de armonizar los relatos. Esto no significa que no se pueda (y no deba) hacer una comparación sinóptica (es decir, ver lo que aparece en los relatos paralelos, en los otros Evangelios). Esta comparación nos permite ver qué es específico o único en cada Evangelio. Después de todo, tenemos cuatro Evangelios, porque hay diferencias entre ellos. Pero si el texto es de Marcos, ¡que se predique el texto de Marcos!

Hay que tener en cuenta que los Evangelios operan en dos niveles, el histórico y el editorial. Cuando predicamos, todavía tenemos nuestro horizonte (siglo XXI). Tener en cuenta el horizonte del evangelista, algo que suele olvidarse, nos ayudará a superar la “fijación” en los fariseos y publicanos, porque, a nivel editorial, es decir, en el momento en que se escribió el texto, los publicanos son los gentiles (dentro de la iglesia) y los fariseos son los “judaizantes” (que insisten en mantener la cultura judía).

Como no somos “predicadores de perícopas” pura y simple (lo que somos de hecho son “predicadores del evangelio”), nada nos impide ampliar la perícopa o el corte sugerido, si es necesario o recomendado. También es posible llenar los vacíos que quedan entre una perícopa y otra (es decir, entre un domingo y el domingo siguiente), como nos recuerda Richard Jensen en *Thinking in Story*.

Es fácil volver a contar la historia con trazos rápidos y luego entrar en el reino de los ensueños

teológicos. La primera parte del discurso es interesante, pero la segunda tiende a ser oscura. Fred Craddock aconseja: “¡Quédate más tiempo dentro del texto!” Romantiza la narrativa, es decir, imagínate en la escena y amplía los detalles (ya que las narrativas bíblicas tienden a ser extremadamente resumidas). Este tipo de procedimiento puede ser cuestionable desde un punto de vista exegético, pero se recomienda desde un punto de vista homilético. Entra en lo que se llama “libertades homiléticas”. Una buena guía en este sentido es Walter Wangerin Jr., con su “El Libro de Dios: La Biblia Novelizada”.

La predicación de los Evangelios plantea el desafío de definir cuál es el mensaje de una narración o un milagro específico. Como veremos más adelante, las Epístolas ya traen esta “condensación teológica”, que, en el caso de los Evangelios, aún debe hacerse. Las disciplinas de la Exégesis de los Evangelios son de gran ayuda. La lectura de una buena teología del Nuevo Testamento es prácticamente indispensable.

La estructura de la narración en el Evangelio (las diferentes “escenas”) puede determinar los movimientos (o partes) de la predicación. Hacer esto (es decir, permanecer más tiempo “dentro del texto”) puede ser mejor que condensar rápidamente un tema y predicarlo sin conexión con la perícopa misma.

Una historia solo termina cuando termina, lo que significa que el clímax suele estar al final. Por lo tanto, el punto culminante del episodio de la tormenta en el lago no es Lucas 8:24 (“todo estaba en calma”), sino Lucas 8:25 (“¿quién es este?”). No es raro que el énfasis de la narración recaiga en el discurso de Jesús. ¡Mucho mejor que “predicar los personajes (menores)” es enfocarse en lo que Jesús hace y dice! Si más personajes hablan y Jesús también habla, lo que Cristo dice es que debe recibir el énfasis. (En este sentido, las ediciones de la Biblia con “las palabras de Jesús en rojo” ayudan a ver dónde habla Jesús).

Ignorar los títulos de las secciones establecidas que aparecen en las ediciones griegas o en las traducciones al portugués puede traer un nuevo enfoque a la predicación. Predica Lucas 15:11-32, en términos de “el hijo pródigo (= derrochador)” sería un enfoque parcial e incluso erróneo. Hay quienes explican el libro de Lamentaciones (en el Antiguo Testamento) en términos de la experiencia del profeta Jeremías, ignorando el hecho de que Jeremías aparece solo en el título del libro (tal como lo conocemos).

Muchas lecturas del Evangelio en la adoración traen más de un episodio. En revisiones recientes de la Serie Trienal, la tendencia fue expandir aún más estas lecturas. ¡Nunca está de más leer la Biblia en la iglesia! Si hay varios episodios en la misma perícopa, el predicador puede tener dudas sobre lo que debería (o podría) predicar. No pocas veces la lectura del Antiguo Testamento (elegida por los formuladores de la Serie Trienal para hacer una “rima temática” como el Evangelio) proporciona una clave.

En cuanto al tema de la predicación (una frase con sujeto y predicado), es el imán el que atrae solo el material correcto, el que es “metálico” (Fred Craddock). En el caso de los Evangelios, algunos ejemplos de temas: “Entrad por la puerta estrecha” (Mateo 7:13-14), “Pedid más obreros” (Mateo 9:35-38), “Las obras de Jesús revelan que él es el Mesías prometido” (Mateo 11:1-6), “Jesús ha resucitado: venid y veréis; ve y cuéntala” (Mateo 28:5-7).

Predicando las parábolas

Predicar parábolas es un sueño para el predicador novato, pero puede ser una pesadilla para el predicador empedernido. Después de hablar tantas veces de ellos (y sobre ellos), la pregunta sigue siendo: “¿Qué más puedo decir todavía?” ¡Y no hay escasez de parábolas en la Serie Trienal! En el año de Lucas (año C), cada cuarta lectura del Evangelio es una parábola. Esto da un promedio de una parábola por mes, lo que muestra el tamaño del desafío.

No todo lo que se llama parábola en el Nuevo Testamento es de hecho una parábola (ver Marcos 7:14-17). Y hay parábolas verdaderas a las que no se les da este nombre. Hay que tener cuidado con las etiquetas.

No es apropiado hacer de las parábolas un quinto Evangelio, es decir, una colección separada. Es bueno dejar las parábolas en el contexto en el que se encuentran. No debemos “quemar el marco”. Por lo tanto, la misma parábola en dos Evangelios no es la misma parábola. El mejor ejemplo es la oveja perdida (Lucas 15) y la oveja perdida (Mateo 18).

Una buena interpretación de las parábolas tiene en cuenta la parábola en su conjunto, evitando “quitar un punto” de cada oración. Pero tampoco debemos dejarnos intimidar por el viejo adagio de que cada parábola tiene solo un punto o *tertium comparationis*. Esta es una teoría interpretativa elaborada por Adolf Jülicher, que no está escrita en ninguna parte del Nuevo Testamento y se contradice con la interpretación de la parábola del Sembrador (en los Evangelios).

Al ser textos de predicación, que siempre involucran el hilo teológico, los predicadores (especialmente en tiempos pasados) trataron de extraer puntos doctrinales de las parábolas, ignorando su carácter metafórico. Por lo tanto, el dicho latino de que *theologia parabolica non argumentativa es importante*. Traducción: No se deben extraer doctrinas (solamente) de los textos de las parábolas.

Incluso si una parábola permite extraer más de una sola lección, es necesario respetar la simplicidad de estas narraciones, evitando el sobrepeso teológico. A raíz de la explicación de la parábola del sembrador, que forma parte de los Evangelios, las parábolas han sido maltratadas a lo largo de la historia de la predicación (y la exégesis), por medio de la explicación alegórica. Parece que la preocupación era: ¿Cómo predicar 40 minutos sobre una historia tan simple? (Sobre cómo predicar, se dirá más adelante).

El pecado capital en la predicación de parábolas es exprimir la narrativa (o poner todo en una licuadora) para sacar un tema teológico algo abstracto (o siempre el mismo), que se abordará desde una perspectiva dogmática. El Dr. C. F. W. Walther dio un sermón sobre la “justificación por la fe” de Lucas 18 (el fariseo y el recaudador de impuestos), ¡sin apenas referencia a la parábola!

Explicar los detalles culturales que iluminan la parábola puede ser parte de la predicación, pero luego corre el riesgo de convertirse en una lección de exégesis. El texto bíblico es solo una de las cuatro vertientes de la predicación.

Las narrativas con una trama requieren predicar en el mismo estilo que una narrativa con una trama, aunque existe controversia al respecto. David Buttrick (tratando con los Salmos) dice que nadie critica un poema escribiendo otro poema. A lo que se podría responder que la crítica literaria es una cosa, la predicación es otra cosa.

En términos de predicación, transferir la parábola al contexto actual (reparabolizar o recontextualizar, es decir, encontrar un equivalente actual para el samaritano, por ejemplo) es una opción viable. Predicar la parábola elaborando nuevas parábolas, parábolas de nuestra vida cotidiana, podría ser la forma más adecuada de predicar las parábolas de Jesús.

Nada impide predicar en forma de “colección de parábolas de Jesús”, a pesar del riesgo de caer en la repetición. Parece que Jesús estaba explicando una parábola, contando más parábolas. ¿Por qué no podíamos hacer lo mismo?

Los elementos atípicos (también conocidos como “extravagancia” o “rasgos exagerados”) se destacan, tienden a indicar un punto destacado (¡el punto de comparación!) y se ofrecen como buenos temas de predicación. Los elementos inusuales (como un campo en una región semiárida que produce cien veces más, o un acreedor que simplemente perdona una deuda astronómica) revelan que la parábola no es “una historia terrenal con una lección celestial” sino “el mensaje celestial (del Reino) en forma de una historia terrenal”.

Predicando el libro de los Hechos de los Apóstoles

De Hechos, los capítulos (o partes de los capítulos) 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 16, 17 y 20 se destacan en los domingos de Pascua-Pentecostés-Trinidad. ¡Esto no es poca cosa! En otras palabras, vale la pena reflexionar sobre la predicación de los textos de los Hechos.

Es necesario resistir el impulso reformado de querer restaurar la condición original de la Iglesia.

Gordon Fee advierte contra la falacia de decir: “Hechos claramente enseña...” En resumen: no hay precedente histórico per se. A los que “mueren de nostalgia por la Iglesia primitiva” vale la pena preguntarse: ¿es útil la iglesia de Corinto? (Con el tiempo, “primitivo” es un término que debe evitarse. No había nada primitivo en esa iglesia, la iglesia apostólica). Para aquellos que tienen ojos para ver, la Iglesia del tiempo de los apóstoles se presenta como una iglesia de cualquier tiempo: agradada por Dios, pero no sin problemas.

Esto no significa que no se pueda aprender nada de la Iglesia Apostólica. El principio subyacente al llamado “socialismo de la iglesia de Jerusalén” (los bienes se vendían y las ganancias se distribuían según las necesidades) encontró expresión en el proyecto de colecta de Pablo (2 Corintios 8 y 9). Nuestras dificultades como “sínodo” (iglesia regional o nacional) podría entrar en una predicación sobre Hechos 2:42 en adelante o Hechos 4:32 en adelante.

Predicando las epístolas

Las perícopas de las epístolas están tomadas de textos argumentativos, en los que también es importante recordar dónde estamos en la argumentación en su conjunto. Es bueno leer toda la carta, y no solo el texto que se predicará. En el contexto de ese tiempo (el tiempo del Nuevo Testamento), las cartas se leyeron en su totalidad.

Los conectivos (¡coordinación!) y las conjunciones (¡subordinación!) deben recibir especial atención. Los textos de las epístolas son textos exigentes.

Hay que tener en cuenta el carácter ocasional de las epístolas, porque no todo se traslada a nuestro tiempo.

Varios subgéneros también pueden aparecer en las epístolas, como narraciones (Romanos 4 es en gran parte una narración), pasajes más poéticos, etc. La interpretación correcta y la predicación pasan por la identificación correcta del género.

En las epístolas, las tesis ya están formuladas, lo que quiere decir que rara vez es necesario condensar la enseñanza del texto (como en el caso de muchas lecturas del Evangelio). El mencionado “bosquejo hecho por el Espíritu Santo” aparece más claramente.

Por lo tanto, el profesor Otto A. Goerl sugirió que se diera preferencia a la predicación de las epístolas.

Si en una narración (del Evangelio) el desafío es sintetizar la enseñanza (para que haya un tema de predicación), en un texto argumentativo el desafío es tomar el camino opuesto, creando una narrativa a partir de la síntesis. ¡Es posible, sí, hacer una predicación narrativa basada en un texto de epístola! Detrás de muchos textos de epístolas hay una historia interesante. Efesios 2:8-10 puede tener la siguiente trama:

1. Queremos llevarnos bien con Dios por lo que hacemos (la situación).
2. Pero estas obras no “funcionan” (la complicación).
3. Dios nos salva a pesar de nuestra debilidad y fracaso; nos salva por gracia a través de la fe en Jesucristo, quien produce buenas obras (la resolución).

Dado que las epístolas tienen secciones entre paréntesis (o exhortativas), estas secciones presentan un desafío muy especial. Mirar toda la epístola (especialmente la parte inicial) es más que necesario. El imperativo (¡que está ahí! hay, sí, un uso didáctico de la ley en el Nuevo Testamento) no puede separarse del indicativo.

En cuanto a la forma de predicación, la más obvia y sencilla es el esquema inductivo, con un tema formulado a partir de lo que presenta el texto y las partes como explicación del texto en sentido contrario (sermón textual o expositivo).

Pero también es posible tener un sermón más didáctico, con un tema formulado a partir del texto, pasando a la explicación del tema, sin una conexión más directa con los elementos del texto (sermón más doctrinal).

En cualquier predicación existe el riesgo de ser abstracta, pero esto se acentúa en el caso de las epístolas. Por lo tanto, alguien sugirió examinar lo que quieres decir con la nariz (¿puedes oler algo?), con las manos (¿puedes percibir algo al tacto? ¿hay algo que tocar?), con los ojos (¿hay algo que ver?), con la boca (¿hay algo con sabor?) y con los oídos (¿puedes oír algo?).

Ejemplos de temas de las perícopas de la epístola: ¡Vive la vida de la resurrección! (Colosenses 3:1-4). ¡Haz más y más de lo que ya has estado haciendo! (1 Tesalonicenses 4:1-12).

Predicando el Apocalipsis

Del Apocalipsis, generalmente se predica el tema de las cartas a las siete iglesias y algunos “textos portátiles” (fuera de la Serie Trienal) (Apocalipsis 2:10, 3:16, 3:20 y 14:13). Los textos incluidos en la Serie Trienal son los “textos hermosos”, ya que se omiten las plagas y los ayes. En la lista aparecen Apocalipsis 1:4-18, 5:8-14, 7:9-17, 21:1-7, 21:9-14, 21-27, 22:1-6 y 12-20.

El Apocalipsis también tiene su contexto: la fe cristiana bajo la amenaza de la bestia y el falso profeta (restricciones gubernamentales). Es un libro de aliento y consuelo para una iglesia perseguida.

El texto básico de Apocalipsis es el Salmo 110:1. El punto focal es el Cordero en medio del trono (Apocalipsis 7:17).

Aquellos que predicán deben aceptar y respetar la distancia entre nosotros y el texto del Apocalipsis.

El mal es tan intenso que nosotros, acostumbrados al mal de una manera sutil, tenemos dificultades para entender. El martirio parece ser el patrón de la vida cristiana en Apocalipsis, ¡tanto que uno puede sentirse culpable fácilmente por seguir vivo! (Fred Craddock).

Es necesario tener en cuenta todo el Apocalipsis y, en el caso de textos específicos (las perícopas), todo el cuadro. Las visiones no se pueden cortar. Más que nunca es necesario tener en cuenta el conjunto, porque “el problema con muchos sermones no es que estén equivocados o carezcan de la verdad, sino que son demasiado estrechos o estrechos” (Fred Craddock).

Vale la pena tomar en serio el hecho de que se trata de una serie de visiones y símbolos. Cuando uno llega a la nueva Jerusalén, este hecho se olvida fácilmente. En lugar de “ciudad como pueblo”, uno piensa inmediatamente (y siempre) en “ciudad para el pueblo”. La Jerusalén celestial es un símbolo del pueblo de Dios.

El Apocalipsis no ofrece la opción del escapismo (rapto antes de la tribulación), pesimismo (como si la ciudad que sobrevive, al final, fuera Babilonia), fatalismo (como si todo estuviera decidido de antemano, con “cartas marcadas”; después de todo, hay una invitación al arrepentimiento).

La liturgia y los himnos pueden ayudar a predicar el Apocalipsis o hacer la mayor parte de la predicación.

XIV

Predicando el Antiguo Testamento

En la Serie Trienal de lecturas para el culto, los Evangelios Sinópticos marcan el ritmo (aunque Juan también entra, poco a poco, a lo largo de los tres años). Cualquiera que lo mire desde una perspectiva del Antiguo Testamento podría incluso hablar de un “fundamentalismo de los sinópticos”. Hay una especie de “sobreeposición”, porque el mismo domingo, en años sucesivos, aparece la misma historia, aunque provenga de un Evangelio diferente. (La gente ni siquiera se da cuenta de que el Evangelio es diferente. A menudo, ni siquiera el predicador se esfuerza por respetar la diferencia, ya que armoniza los relatos paralelos).

Los textos del Antiguo Testamento (aparte de los Salmos) solo hacen un contrapunto al Evangelio del día. Por lo tanto, al escuchar los textos del Antiguo Testamento que forman parte de la Serie Trienal, es difícil para los fieles percibir el estilo, el contenido más amplio y el mensaje de un libro particular del Antiguo Testamento. Lo que sucede con las epístolas del Nuevo Testamento, que aparecen en la lectura en serie, no se repite. (Mirando a grandes rasgos, se podría decir que es posible formar una imagen más completa del libro de Isaías, que proporciona más de cincuenta lecturas del Antiguo Testamento en la Serie Trienal. Pero es poco probable que esto suceda, porque las lecturas aparecen en momentos aislados).

Es posible que muchos predicadores ni siquiera vean ninguna razón para quejarse de esto. En cierto modo, se sienten aliviados de no tener que embarcarse en este camino más difícil: la predicación de textos del Antiguo Testamento. El Antiguo Testamento trae varias dificultades (reales o imaginarias) al predicador cristiano. Una de ellas es la cuestión de la moralidad (o la falta de ella) en el caso de las personas que aparecen en el Antiguo Testamento. (De hecho, ¿de aquí viene el realismo de la ética de Lutero! No somos diferentes de esas personas. En lugar de mirar a los personajes secundarios, vale la pena mirar al personaje principal, ¡que es Dios!).

Una segunda dificultad es la distancia cultural que existe entre el Antiguo Testamento y nuestro tiempo. (De hecho, pocos cambios con respecto al Nuevo Testamento, que también fue escrito en otra cultura. Por lo tanto, leer la Biblia es siempre una experiencia intercultural).

Al predicar los textos del Antiguo Testamento, el predicador debe tomar en serio el texto que tiene delante. Si es un texto difícil, debe reconocer ese hecho. No es apropiado “dorar la píldora”.

Los textos siempre nos llegan en forma de recorte. Pero el corte no necesita ser entendido en un sentido literal. Es mejor pensar en términos de un texto demarcado en una tela (o sábana) muy grande. Cuando se levanta y tira de la perícopa, no se separa, sino que trae consigo el resto de la tela. Esto significa, en términos no metafóricos, que es bueno tener en cuenta el canon en su conjunto. O, al menos, todo el libro del que proviene la lectura.

Como se hace con las lecturas del Nuevo Testamento, el predicador no debe tener miedo de ampliar los textos del Antiguo Testamento que forman parte de la Trienal. No necesariamente en la lectura, sino en la predicación. Hay quienes sugieren predicar una serie de sermones en un libro del Antiguo Testamento o en un ciclo narrativo. El mejor momento para esto sería el

período posterior a Pentecostés.

Dado que los textos aparecen aislados (por ejemplo, Lamentaciones 3:22-33, en el Propio 8 de la Serie B; el domingo anterior fue Job 38 y el domingo siguiente será Ezequiel 2), el predicador puede sugerir a la gente que lean todo el libro en privado o en casa, para complementar lo que escucharon en la predicación.

No se puede repetir lo suficiente que los textos del Antiguo Testamento, cuando llegan a nuestro mundo, deben pasar por el túnel del Nuevo Testamento (Cristo). Pero, como a Horace Hummel le gustaba enfatizar, no se trata de “leer a Cristo en el Antiguo Testamento”, sino de “leer a Cristo hacia afuera”. En otras palabras, es a partir del Antiguo Testamento que uno necesita llegar al Nuevo.

Predicando los Salmos

Existen los Salmos más variados: de lamentación (de cada tres, dos son de lamentación), de acción de gracias, de confesión (o penitencia), de confianza, de sabiduría, de llamada a la alabanza (Salmo 98:1), etc. Son esencialmente oraciones. ¿Se pueden clavar? Se pueden clavar, sí. Pero si uno quiere predicar los Salmos que forman parte de la serie de perícopas de un año, ¡el desafío no será pequeño!

Contexto histórico?

Uno de los desafíos de los Salmos es que muchos de ellos carecen del contexto histórico.

Algunos de ellos (Salmo 105 y 106, Salmo 135 y 136), es cierto, son históricos. Pero hay pocos Salmos que, como el Salmo 137, reflejen una situación histórica específica (en este caso, la condición de Israel en el exilio). A diferencia de la mayoría de los textos proféticos, no tenemos el contexto histórico de estas palabras. Los Salmos hablan de la manera más general posible de las victorias de Dios, los problemas de Israel y los sufrimientos y la fe de las personas individuales. Por otro lado, no tienden a lo abstracto. Son concretos. No son el resultado de una religión genérica. Quien habla en los Salmos es el pueblo de Dios, elegido e inserto en la alianza. Solo como miembros del pueblo del nuevo pacto, como miembros del nuevo Israel en Cristo, podemos leer los Salmos correctamente y hacer lo mismo en términos de predicación. Los Salmos son nuestros solo si somos Israel; y somos Israel solo a través de Jesucristo.

El túnel del Nuevo Testamento

Los Salmos, como el resto del Antiguo Testamento, deben llegar a nuestro tiempo, a través del túnel del Nuevo Testamento. Los “grandes hechos” de los que se habla en los Salmos ahora también incluyen los grandes acontecimientos del Nuevo Testamento. El Señor que es alabado en los Salmos es Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El uso del *Gloria Patri* (en la liturgia) al final de las lecturas del Salmo es una forma de “cristianizar” los Salmos.

Estrategias de predicación para los Salmos

Los estudiosos de los Salmos sugieren diferentes estrategias para predicar los Salmos. Una posibilidad es reunir Salmos con el mismo tema. La creación es uno de estos temas. Los Salmos 8, 19, 104 y 148 alaban a Dios por la creación. Cada uno destaca un aspecto diferente, pero todos lo aplican a la cuestión de la identidad del ser humano ante Dios.

Otra posibilidad es el “diálogo intratextual”, es decir, el acto de poner en diálogo dos o más salmos. Por ejemplo, el Salmo 1 no considera la posibilidad de que una persona justa se aparte del camino de la justicia. El Salmo 32 (que comienza con el mismo “bienaventurado” que el Salmo 1) muestra que el perdón es posible para los justos que se apartan.

Una tercera opción (quizás más consistente con una perspectiva del Nuevo Testamento) es hacer un “doble” que involucre un Salmo y un texto del Nuevo Testamento. Un ejemplo es el Salmo 148, vinculado a Efesios 1:3-14 (o Colosenses 1:9-20): Dios envió a su Hijo para que pudiéramos alabar nuevamente. (Todas las criaturas alaban al Creador, y nos unimos a ellas). El Salmo 47 puede hacer un “doble” con el relato de la Ascensión de Cristo.

Los Salmos y Jesucristo

Los Salmos traen una variedad de experiencias y sentimientos que ciertamente no reflejan lo que le sucedió a una persona (especialmente al rey David). Ninguna persona podría haber pasado por todas esas situaciones que aparecen en los Salmos de lamentación. ¿Y quién tenía tantos enemigos? ¿Quién es este “yo” que habla en los Salmos?

Los Salmos reflejan (o anticipan) la experiencia de una persona, la persona del Mesías. El que reza los Salmos es el Mesías, ya sea como Cabeza o como Cuerpo. Cristo es el cumplimiento de todo el Antiguo Testamento. También es el cumplimiento de los Salmos (Lucas 24:27, 44). Cristo reúne en sí mismo todas las lamentaciones y sufrimientos de los salmistas, lo lleva todo a la cruz. Importa menos (si es que importa) la situación de David y mucho más la situación del “Hijo de David”. El salmo en el que se protesta por la inocencia no es el “salmo del fariseo”, sino el salmo del Mesías. Los Salmos imprecatorios (en los que se le pide a Dios que castigue a los enemigos) solo pueden ser rezados por Cristo (y en Cristo).

Tal vez alguien encuentre extraña esta hermenéutica de los Salmos, pero así es como el Nuevo Testamento lee los Salmos. Lo mismo es cierto para los teólogos de la Iglesia primitiva (ver la exégesis de los Salmos de Agustín), Lutero y, en los tiempos modernos, Dietrich Bonhoeffer (hay una sección esclarecedora sobre cómo rezar los Salmos en *Vida en Comunión*). Por lo tanto, en lugar de leer los Salmos de situaciones (en gran parte hipotéticas) en la vida de David (hay predicadores a los que les gusta relacionar todo con el pecado de David en 2 Samuel 11), es apropiado escuchar la voz del Mesías en los Salmos. Oramos los Salmos en Cristo y con Cristo.

Predicando los Proverbios

El libro de Proverbios (junto con Levítico) parece un libro inadecuado para la predicación. Afortunadamente, alguien dirá, pocos textos de Proverbios aparecen en la Serie Trienal.

Hay tres: Proverbios 9:1-10 (Propios 15 – Año B), Proverbios 8:1-4 y 22-31 (Trinidad – Año C), Proverbios 25:2-10 (Propios 17 – Año C). Con la posible excepción del último pasaje (Proverbios 25), estos textos tienen un carácter más narrativo, no trayendo esa secuencia típica de proverbios que parecen no tener relación entre sí. (Sin embargo, Proverbios 25:2-10, tiene como tema común la figura del “rey”).

Si extrapolamos esta selección realizada para la Serie Trienal, encontraremos proverbios que sintetizan experiencias cotidianas. Algunos proverbios traen cosas que la gente dice todo el tiempo. Alguien podría preguntar: “¿Cómo pueden ser la palabra revelada de Dios?” (Debe recordarse que toda verdad es la verdad de Dios).

Los proverbios se caracterizan por un estilo *staccato*, en el que cada proverbio es un poema corto. (Leer los refranes rápidamente, uno tras otro, algo que aparece en algunas grabaciones de audio, puede resultar en situaciones jocosas, porque a veces aparecen proverbios en rápida sucesión que son contradictorios...) En general, los proverbios no necesitan mucha explicación académica. Son simples y cada uno tiene su propio impacto. (De hecho, un proverbio debe resonar “de inmediato”. De lo contrario, tendremos una situación similar a aquella en la que es necesario explicar un chiste. En la Nueva Traducción Viviente, los proverbios hablan más directamente. En las ediciones antiguas de la versión King James, muchos proverbios eran algo oscuros. Hubo un intento de remediar esto en la Nueva Versión Americana del King James).

Proverbios es el libro bíblico que más a menudo habla sobre las alegrías y tristezas de la vida familiar. Nuestras experiencias se anticipan en las páginas de la Biblia. Por supuesto, Proverbios tiene un giro más optimista; dentro de la literatura sapiencial, el contrapunto más pesimista aparece en Eclesiastés.

En un mundo con proliferación de conocimientos, lo que nos falta es sabiduría.

Estamos experimentando una “crisis de sabiduría”. Esto no es nada nuevo; ya era un problema en Israel (Proverbios 4:5, 7 y 16:16). T. S. Eliot dijo (en el año 1935): “Todo nuestro conocimiento nos acerca cada vez más a nuestra ignorancia”. La industria publicitaria explota este gusto por la falsa sabiduría. La propaganda está dirigida a los “tontos” del libro de Proverbios. Quiere llevar a la persona a querer algo que aún no tiene o a querer más de lo que ya tiene.

En cuanto a las posibilidades homiléticas, es importante tener en cuenta que Proverbios habla a nuestra cultura, en gran medida como contracultura.

Los proverbios son síntesis, verdades destiladas de experiencias cotidianas. Al predicar, lo correcto sería poner una historia detrás (o delante) del proverbio.

Al tratarse de textos vinculados a la vida (cotidiana) y que se cruzan con la vida real, los refranes son muy adecuados para establecer la conexión con el mundo secularizado (en las escuelas, graduaciones, etc.). Muchos, cuando escuchan un proverbio (y predicar de un proverbio), pueden sorprenderse al descubrir que se encuentra en la Biblia.

XV Apéndices

1. Vencer la predicación del “pan duro”

August Pieper fue profesor de Biblia (Antiguo Testamento) en el seminario del Sínodo de Wisconsin. Era hermano de Franz Pieper, quien escribió la *Dogmática Cristiana* (un texto fundacional para el Sínodo de Missouri). Dejando a un lado el parentesco, August Pieper escribió un ensayo en año 1918 titulado “El desprecio de la gracia de Dios es la muerte de la Iglesia”. De hecho, el texto fue presentado en una conferencia de pastores. Esto explica por qué, en cierto momento, Pieper se dirige a sus colegas en los siguientes términos:

Nosotros mismos, *por el carácter aburrido de nuestros sermones*, somos en gran parte culpables del hecho de que nuestra gente no viene a la iglesia con amor y deseo sincero. No siempre es un aburrimiento ante la palabra de Dios, pero a menudo es un aburrimiento totalmente natural frente a las declaraciones cansadas, insípidas y de sentido común que se escuchan desde el púlpito. Domingo tras domingo, año tras año, nuestros oyentes siempre tienen que escuchar las mismas expresiones banales, que han escuchado cientos de veces. No escuchan y no aprenden nada nuevo. Los mantenemos en el mismo nivel de conocimiento que hace veinte años. Nuestro sermón es una repetición eterna de la teología que aprendemos en la escuela, cuando Jesús, el maestro de maestros, nos dice: “Todo maestro de la ley que se hace discípulo en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia que saca de su depósito cosas nuevas y cosas viejas” (Mateo 13:52).

¿Por qué, entonces, es tan aburrido el sermón? Porque carece de *frescura*. Es “pan duro”, algo que *no se ha vuelto a estudiar a fondo*. El maestro de la ley explica solo las cosas viejas, lo que él sabe desde hace mucho tiempo y que sus oyentes también saben desde hace mucho tiempo. El predicador no ha estudiado adecuadamente, *no ha encontrado* nada nuevo y, por lo tanto, no puede entregar nada que sea nuevo. Si hubiera estudiado mucho, con oración y súplica del Espíritu Santo, con temor y temblor, habría encontrado algo nuevo que predicar. Esta cosa nueva habría interesado tanto al orador que la habría presentado con el mayor interés. Si el interés principal del predicador es recibir nuevo conocimiento de Dios, también captará la atención de sus oyentes espiritualmente hambrientos. Como regla general, *el pastor que se queja de la falta de interés de sus oyentes se condena a sí mismo*; es un pastor aburrido, uno que no estudia.

No creo que haya ministros entre nosotros que, por regla general, comiencen la preparación de su sermón el sábado por la noche, o que, por regla general, pronuncien un discurso *ex tempore*. La verdad es que muchos están tan sobrecargados de trabajo que no pueden dedicar el tiempo necesario al sermón. Es triste ver a pastores que...Necesitan...por así decirlo, robando tiempo para estudiar...*Nunca se convierten en buenos predicadores, porque no pueden estudiar*. Con el tiempo, comienzan a ser discursantes refinados. Nadie siempre puede dar dinero si nunca recibe dinero.

Solo aquellos que continúan estudiando mucho, de manera continua y seria, pueden ser llenos de conocimiento y del Espíritu Santo, porque la gracia y el Espíritu están vinculados a la Palabra,

porque la predicación viene a través de la Palabra (Romanos 10:17). Aquí ni siquiera los mayores dones naturales pueden ayudar; *aquí solo una cosa puede ayudarnos: ¡Escudriñar las Escrituras!* Si las congregaciones quieren predicadores capaces, entonces no deben cargarlos con otras tareas. En todas las escuelas, tanto superiores como primarias, se escuchan quejas de que los estudiantes son reacios a un estudio serio y diligente. Este mismo mal ha afectado a los que ya no están en la escuela; Con los pastores y los maestros, es lo mismo que en el caso de los jóvenes: *falta de anhelo de la genuina leche espiritual de la gracia, un interés exagerado por las cosas de la vida temporal; quieren descanso y alivio, días felices.* Y no mejorará para nosotros hasta que reconozcamos que es parte del desprecio por la gracia de Cristo y nos arrepintamos sinceramente.

2. Cuarenta tipos de predicación

Con el tiempo, como resultado de la experiencia personal, las observaciones y varias lecturas, ha resultado una pequeña colección de tipos de predicación. He tratado de adjuntar una metáfora a varios de estos tipos. Cuando menos lo esperamos, podemos encontrar (o hacer) un sermón que podría recibir una (o más) de estas “etiquetas”.

1. Sermón de moluscos – Predicación sin columna vertebral ni estructura.
2. Sermón del esqueleto aparente – La estructura se convierte en un fin en sí mismo, como algo muy evidente.
3. Sermón de avión con sobrepeso – Hay mucho peso teológico; la predicación no “despega”.
4. Caldo delgado del sermón – Lo opuesto al anterior: poca sustancia teológica, mera repetición de lo que siempre se dice.
5. Sermón de golondrina: se mueve o avanza ligeramente. Buen modelo.
6. Sermón de camarones – Sermón sin cabeza o sin introducción (fue utilizado por grandes predicadores, pero corre el riesgo de no involucrar al oyente).
7. Sermón vuelo a ciegas – La conclusión no fue pensada y, por lo tanto, no puede aterrizar.
8. Sermón del viaducto inconcluso – La predicación termina ‘en el medio’, sin conclusión (en lugar de intentar aterrizar, el piloto interrumpe el vuelo en el aire).
9. Sermón que se dirige a un delta pantanoso – La predicación se deshace gradualmente, sin el debido énfasis y sin impacto al final.
10. Sermón de Frankenstein – Collage de oraciones o párrafos tomados de varios lugares, con costuras mal hechas.
11. Sermón de la rueda de la fortuna – Camina, camina, pero no te muevas (sermón sin movimiento).
12. Sermón “prohibido volver” – Nada se toma, nada se repite, y así los oyentes se quedan atrás.
13. Sermón de escalera – Predicación rectilínea (similar a la anterior, pero con una estructura de tres o cuatro partes) en la que no se retoma nada de lo dicho anteriormente.
14. Sermón del correcaminos – El predicador parece tener prisa y avanza a un ritmo que pocos pueden seguir.
15. Sermón dos en uno o Sermón de Zebrafa – De repente, en el minuto 20, comienza un nuevo discurso, quizás por temor a que la predicación sea demasiado corta. El ideal del

tema único cae al suelo.

16. Sermón alimenta a mis jirafas – Presupone que todos son seminaristas o que todos han estudiado un poco de griego.
17. Sermón en el lenguaje de Canaán – Existe el conocido lenguaje teológico que ni siquiera los que están “dentro” entienden (“pecado”, “justificación”), ignorando el hecho de que el gran desafío es hablar teológicamente usando un lenguaje secular.
18. Sermón “hablando con mis botones” – El predicador reflexiona como si estuviera solo en su habitación.
19. Sermón “Ojalá tuviera alas” (Salmo 55:6) – Habla de una realidad lejana, que no es la de los oyentes (un ejemplo de esto es la “paliza de escribas y fariseos”).
20. Sermón de alerta de spoiler: el predicador presenta un resumen al comienzo del servicio o formula un tema que ya trae todas las respuestas.
21. Sermón narrativo – Un modelo muy valorado por la ‘nueva homilética’, apostando por el hecho de que las historias cautivan e invitan a adentrarnos en ellas. No es fácil predicar así.
22. Sermón de Alfred Hitchcock o trama con suspenso – Es el modelo de Eugene Lowry, basado en una trama: introduce, choca con un problema (el conflicto) y avanza hacia la resolución del conflicto.
23. Sermón bíblico con cremallera – Predicación separada de la Biblia, a veces (pero no siempre) simbolizada por el acto de leer el texto, cerrar la Biblia y dejarla a un lado.
24. Sermón sobre el río que serpentea – Un buen modelo, porque avanza a buen ritmo y vuelve a tocar (aunque ligeramente) los lugares ya visitados. También se llama modelo en espiral. Un buen modelo de predicación.
25. Sermón de viaje: un itinerario de viaje, con un punto de partida, lugares por los que pasaremos y un punto de llegada. El viaje no tiene que ser en línea recta. Un buen modelo.
26. Sermón de la joya multifacética – Un tema se presenta desde varios ángulos (quizás con la inserción de elementos tomados de las diversas lecturas del día). Otro buen modelo.
27. Obra maestra literaria del sermón – Escrito para ser publicado, pero no en el estándar de comunicación oral. Suena bien, pero no necesariamente comunica.
28. Caravana de sermones que transcurre en la noche oscura – Predicación sin énfasis, sin contrastes y a menudo incluso con monotonía.
29. Sermón sé lo que vas a decir – Predicación que siempre sigue el mismo camino trillado.
30. Sermón déjà-vu – El texto cambia, pero la predicación es siempre la misma.
31. Sermón Fuente que no fluye – El predicador muestra que está agotado y que ni siquiera bombea del fondo del pozo sale nada.
32. Sermón de maná bichado – Predicación de otro tiempo, sin la frescura de lo que se preparó el día anterior.
33. Sermón en el pasillo sin ventanas: Pasa de la oficina cerrada del predicador a los recintos cerrados de la iglesia, sin permitir que entren las situaciones de nuestro tiempo.
34. Sermón ‘periódico nacional’ – La predicación se limita a comentar sobre eventos actuales, ignorando que las personas a menudo salen de casa para quedarse mucho tiempo en las noticias.
35. Sermón de la cola piadosa – Final teológico de un discurso que, en su mayor parte, tuvo poco de teológico.
36. Sermón del evangelio sin juego – En cierto momento, el predicador presiona una tecla

imaginaria y toca la verbalización miserable del evangelio (“pero Jesús murió por nuestros pecados...”), incluso si la enfermedad diagnosticada es diferente.

37. Jardín del sermón sin una flor – “Un sermón sin Cristo es como un jardín sin flor” (Charles Spurgeon).
38. Sermón “Cómo amo la exégesis” – El predicador confunde la clase de exégesis con la predicación.
39. Sermón “cómo está sufriendo mi vida” – El enfoque de la predicación se convierte en el predicador y sus vicisitudes.
40. Sermón “cuatro hilos bien tejidos” – Los cuatro hilos de la predicación (texto, teología, ley-evangelio, oyente) aparecen, en una trenza bien elaborada.

3. Guía para la evaluación de una predicación (basada en un formulario de Richard Caemmerer)

Predicador: _____
 Mensaje de texto: _____
 Domingo o día festivo: _____
 Otras lecturas bíblicas del día: _____ / _____ / _____

I. Contenido

Tema _____

- ¿Introducción que lleva al tema?
- ¿Una meta bien definida (de fe o de vida)?
- ¿Aparece el texto bíblico en la predicación (hilo textual)?
- ¿Cómo aparece el hilo teológico o doctrinal?
- ¿Un diagnóstico (ley) bien hecho, basado en la situación actual?
- ¿Evangelio en cantidad y calidad?
- ¿Evangelio relevante en términos de diagnóstico?
- ¿Qué imagen del oyente se propone?
- ¿Existe contextualización litúrgica (el período del año litúrgico)?
- Uso de otros textos (u otros textos bíblicos)

II. Estructura

- ¿Es un todo coherente, con un principio, un medio y un final?
- ¿Está bien hecha la transición de un punto a otro?
- ¿Es el tema (tema) solo uno? ¿Hay coherencia?
- ¿Lenguaje directo y contemporáneo o “idioma de Canaán”?
- ¿Ilustraciones? Si es así, ¿son adecuados?
- ¿Qué pasa con la conclusión?

III. Presentación (predicación desde el púlpito)

- ¿Dependencia del manuscrito o predicación de oído?
- Articulación y pronunciación de palabras.
- ¿Voz con modulación?
- ¿Pausas y respiración?

Velocidad o fluidez del habla
¿Tono de púlpito (*Kanzelton*)?
¿La mirada dirigida a dónde?
Gestos y expresión corporal en su conjunto
Duración del habla